

NUEVOS LÍDERES PARA UN NUEVO MUNDO

AUTOR: JULIO DECARO

DISEÑO: PAOLO TERZANO

COORDINACIÓN EDITORIAL: MARTHA BORGES



Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público, por medios mecánicos, electrónicos, electrostáticos, magnéticos, fotocopadoras, grabaciones o cualquier otro, total o parcialmente, del presente ejemplar, con finalidad de lucro, sin expresa autorización del autor.

Se terminó de imprimir en el mes de Julio de 2012 en los talleres gráficos Mastergraf S.R.L.
Gral. Pagola 1823
Tel. 2203 47 60
Montevideo - Uruguay

AGRADECIMIENTO:

Doy gracias a la vida por todas las bendiciones de las que he sido objeto.

Entre ellas, la de contar con amigos, familiares y colaboradores que con sus generosos y atinados consejos, sugerencias y correcciones, le han dado a este libro y sus ideas, la mejor forma que le fuera posible alcanzar.

A todos ellos, muchas gracias.

DEDICATORIA

A mis queridos nietos, Joaquín, Facundo, Ema,
Ignacio y Julia... esperanza de un mundo mejor.



INTRODUCCIÓN

Desde una perspectiva espiritual, podríamos decir acertadamente que la vida toda es un proceso continuo de enseñanza - aprendizaje.

Cada uno de nosotros, cumpliendo con el dicho “cuando el alumno está pronto, el maestro aparece”, se encuentra con el maestro y el aprendizaje que necesita para la etapa de la vida que transcurre.

Igual sucede con el liderazgo.

Estamos siempre influyendo y siendo influidos, siempre aprendiendo y enseñando, siempre liderando y siendo liderados.

En nuestros contactos cotidianos con familiares, vecinos, amigos, compañeros de trabajo y estudio y aun con extraños, intercambiamos sin siquiera percibirlo, los roles de maestro y alumno, de líder y liderado.

Debemos por tanto asumir que cada uno de nosotros en su momento y a su manera, es un ejemplo para otros, un maestro, un líder, independientemente de la calidad del proceso o de los resultados.

Estemos a favor o en contra de esta idea, no hace la diferencia.

Dado que la mayor parte de este proceso se desarrolla de manera inconsciente, la diferencia la hace tomar conciencia y asumir la responsabilidad que nos toca, no importa si ocupamos o no un puesto de conducción en alguna jerarquía u organización humana.

Por lo tanto:

El contenido de este libro es del interés de todos.

Ahora bien, sólo aquellos que sean libres, podrán mostrar a otros con sus acciones y el ejemplo de sus vidas, el camino de la libertad interior y la felicidad.

Este libro habla de ese camino.



PRÓLOGO

“En la tierra no hay problemas.
La tierra es hermosa, gozosa, cósmica, eterna.
El mundo es la superestructura infeliz que el
hombre ha impuesto sobre la tierra.
El mundo está formado por sus problemas”.

Barry Long

¿Por qué se necesitan nuevos líderes para un nuevo mundo?

Porque por el camino que vamos, seguiremos logrando milagrosos avances tecnológicos y algunos de nosotros acumular fortunas o vivir rodeados de lujos, pero nunca seremos felices porque buscamos la solución de nuestros problemas en el lugar equivocado.

Buscamos fuera y el problema y su solución, están en nuestro interior.

Creemos que el reino de los cielos está en algún lugar al que llegaremos en algún momento, en general después de la muerte, cuando en realidad es un estado de conciencia que sólo puede ser vivido aquí y ahora y donde el obstáculo para acceder, somos nosotros mismos.

Si no logramos ser libres, nunca seremos felices.

Creemos engañosamente que somos libres porque algunos no estamos encerrados tras barrotes o porque vivimos en un país donde podemos elegir a nuestros gobernantes en elecciones libres, privilegio que no muchos tienen.

Sin embargo, la cárcel en la que vivimos no tiene rejas ni dictadores, pero es igual de cruel y aterradora.

Me refiero a la prisión de nuestra propia mente.

Seguimos interminablemente rehenes de la ira, la envidia, los celos, la revancha, la venganza, el odio racial y religioso y

utilizamos gran parte de la tecnología y enorme cantidad de recursos al servicio de estas emociones negativas.

Muchos adhieren a la necesidad urgente de un cambio y su intuición les dice que no va a suceder si lo seguimos intentando mediante programas para mejorar el nivel de habilidades o capacidades de la gente, tomando cursos clásicos de liderazgo y trabajo en equipo.

Se está acabando el tiempo de los líderes centrados en sí mismos o en los suyos, en la lucha unilateral por el poder o en las ganancias.

Se necesitan líderes que entiendan que “No sólo de pan vive el hombre...” y que es necesario conducir con la mirada puesta en una totalidad mayor que su propio ombligo.

Se necesitan líderes con una visión holística, puesta en la sociedad, en la naturaleza, en el planeta, el universo, en la creación toda.

En lo profundo de nuestro ser sabemos que ese cambio pasa por tomar en cuenta y ahondar en los niveles de identidad (quiénes somos) y espiritual (quiénes más, aparte de nosotros mismos).

El problema es que desde el encuadre de los paradigmas actuales, especialmente los del mundo occidental, atender estos temas parece signo de debilidad o de cierta “voladura mental”, lo que ha hecho que políticos y empresarios los hayan eliminado durante años del repertorio de sus ocupaciones, dejando de lado la energía y el poder que tienen y su clara contribución a la felicidad de la gente.

Innumerables investigaciones y estadísticas afirman que los hombres y mujeres que se apoyan en sus raíces espirituales y religiosas, tienen una vida de mejor calidad, más feliz y armónica.

Por tanto, como adultos, hay que tomar coraje y arriesgarse.

No alcanza con más paños tibios.

Las lecciones o recomendaciones clásicas de libros y cursos

de liderazgo tales como delegar correctamente o brindar reconocimientos adecuados a la gente que los merece, no colidan con las ideas propuestas en este libro, son complementarias.

Sin embargo y a mi juicio, son tan sólo factores de higiene (Herzberg), es decir, si no se dan en un sistema, juegan en contra, pero aun cuando se tengan en cuenta, no cambian el juego siniestro en el que nos encontramos.

Proponen cambios dentro del juego, por tanto, no cambian nada; son más de lo mismo.

Se basan en aquello de “Si un martillo no da resultado, usa un martillo más grande”.

De hecho, una prueba de su inoperancia son los años que llevan de aplicación y los insignificantes resultados logrados, cuando son medidos en grados de satisfacción o felicidad de los liderados.

Por otra parte, aunque fuesen factores realmente motivadores en lugar de factores de higiene, tampoco lograrían un cambio revolucionario.

No se necesita gente motivada, no se necesitan más palo y zanahoria o los sustitutos más sutiles que se inventan a diario.

Se necesita gente entusiasmada (en - adentro, teo – Dios, tener a Dios adentro).

Son cosas diferentes

Escucha querido amigo,
una cosa es motivado
y otra cosa muy distinta,
es estar entusiasmado.

Cuando tú, querido amigo
dices estar motivado,
te falta algo y desear,
es dolor asegurado.

Cuando estás entusiasmado,
querido amigo,
tu alma desborda,
a ti te sobra, puedes dar,
porque Dios está contigo.
La clave: 69

Se necesita una revolución, pero no una revolución tecnológica, productiva, económica o política y mucho menos una revolución armada, sino una revolución mental y esa es la razón de la propuesta de este libro.

Como la gran mayoría de los dramas humanos nace de la ignorancia, en especial de la auto ignorancia, para un cambio radical, necesitamos nuevos líderes, líderes iluminados.

La iluminación es un reencuadre

Las personas que han concurrido a varios de nuestros talleres o conferencias, saben que uno de los temas centrales en muchos de ellos es, percepciones subjetivas.

Estoy absolutamente persuadido que la felicidad depende, no de cómo las cosas y los sucesos de nuestra vida son en realidad, sino de la forma como los percibimos e interpretamos.

El Buda decía: “La visión correcta trae el pensamiento correcto y el pensamiento correcto, trae la acción correcta”, de la cual es posible esperar el efecto correcto, aunque por supuesto, este último no esté de forma absoluta bajo nuestro control.

Un dicho popular que refleja este concepto dice que “la felicidad depende de ver el vaso medio lleno o medio vacío”.

De hecho, todas las cosas tienen, al menos en la vida cotidiana, esta dualidad.

El vaso medio lleno y el medio vacío, el lado oscuro y el luminoso, el lado del bien y el del mal.

Ver el vaso medio lleno o medio vacío determina cómo voy a pensar y por ende, cómo voy a actuar, y en su medida, los resultados que voy a obtener en una determinada situación.

Todo es un tema de puntos de vista, de cómo vemos el mundo y todo lo que en él sucede.

Liderar es liderar puntos de vista e interpretaciones, no realidades

Somos tendenciosos por naturaleza y formación.

Nuestros modelos mentales son grandes generalizaciones, suposiciones, creencias, paradigmas, ideas o imágenes que influyen en nuestra forma de ver el mundo y por lo tanto, en nuestras conductas y sus consecuencias.

Son filtros de la realidad (fisiológicos, familiares, educacionales, sociales, culturales) muchísimos de ellos creados durante nuestra más tierna infancia y reforzados y complementados luego durante la adolescencia y la etapa adulta, que hacen que, de una situación particular, seamos capaces de percibir sólo determinados datos, que ignoremos otros y hasta que quizás, inventemos algunos que en realidad son inexistentes.

Otras personas, “programadas” de manera diferente, seguramente estarán inclinadas a percibir y a ignorar datos distintos de la misma situación.

Por si esto fuera poco, las interpretaciones que hacemos del sentido de los datos, dependen también de nuestros programas y, ante el mismo suceso, varias personas presentes pueden realizar inferencias completamente disímiles y hasta opuestas.

A punto de partida de esas interpretaciones sacamos conclusiones que en general no hacen más que reforzar nuestras creencias, nuestros paradigmas, los filtros que inicialmente nos hicieron selectivos con los datos a tomar en cuenta.

Como se comprenderá, este círculo puede ser, dependiendo del caso y las personas, altamente virtuoso o absolutamente nefasto para la toma de decisiones y por ende para la calidad de vida.

En todo caso, en muchísimas ocasiones esta es la fuente de nuestras diferencias, responsable de enorme cantidad de disputas y eventualmente de guerras, lo que hace a este proceso digno de la mayor atención.

Para colmo de males, nada más silencioso que nuestros condicionamientos y modelos mentales en acción. La mayoría de las veces no somos conscientes del poder y el efecto que tienen sobre nuestros comportamientos.

Dado que los hechos son inmodificables, lo que podemos cambiar es la forma en que los percibimos (el punto de vista) así como también, la forma como los interpretamos.

“Cuando algo acontece, lo único que está en tu mano es la actitud que tomas al respecto; tanto puedes aceptarlo como tomarlo a mal.

Lo que en verdad nos espanta y desalienta no son los acontecimientos exteriores por sí mismos, sino la manera en que pensamos acerca de ellos. No son las cosas lo que nos trastorna, sino nuestra interpretación de su significado”, decía Epicteto.

Reencuadre es el nombre del proceso mental y de la técnica que permite, dejando los hechos incambiados, asumir diferentes formas de percibirlos e interpretarlos.

Es una técnica terapéutica en manos de profesionales de la psicología y la psiquiatría, pero es un proceso de uso corriente para el ciudadano común, y hasta excesivo en ciertos campos como el de la política.

Para ver un reencuadre en acción, no hay como un ejemplo cotidiano.

Estaba estrenando un saco nuevo.

Saliendo de mi oficina, una paloma de las que sobrevuelan la casona en la que estábamos instalados, “paf”, hizo sus necesidades en mi hombro.

Si le preguntase a varios de mis conciudadanos, ¿y eso qué significa?, al unísono contestarían, es suerte.

Igual proceso aplicamos en mi país, cuando caminando pisamos excrementos de perro. Muchos decimos, es dinero.

En realidad, se trata de excrementos de paloma en un saco nuevo, o excrementos de perro en la suela del zapato, pero si, siguiendo a Epicteto, cambiamos la interpretación del hecho dándole un nuevo significado, algo potencialmente desalentador o que podría amargarnos la vida por un rato, es percibido de una manera esperanzadora.

Malhumorarme o, por el contrario, pensar que voy a tener un día afortunado, será determinante sobre mis conductas posteriores y, por lo tanto, sobre los resultados finales que involucran a los que me rodean, sean estos mis familiares, mis amigos, mis colaboradores en el trabajo o cualquier ciudadano que circunstancialmente se cruce en mi camino.

Yo sostengo que la iluminación es un reencuadre porque no se trata de que los sabios, despiertos o iluminados vean cosas que otros no ven, o le sucedan cosas que a otros no le suceden, sino que perciben las mismas cosas pero desde una perspectiva diferente, las interpretan de forma diferente y por ende, las conclusiones a las que arriban y los comportamientos que las acompañan, son distintos.

Los cimientos de este libro asientan sobre esta idea.

Para que un cambio significativo suceda, para alcanzar la paz y la felicidad, son necesarios líderes iluminados que vean el mundo desde una perspectiva diferente que cambie radicalmente su forma de pensar y de actuar, de manera de frenar esta alocada carrera que parece estarnos conduciendo aceleradamente a un desastre global.

Necesitamos, entre otras cosas, dejar de vernos separados del resto de la naturaleza y del mundo, lo que nos lleva a creer que los problemas que tenemos los ha creado alguien o algo desde fuera, para reconectarnos, asumir que son el efecto de nuestros propios comportamientos y responsabilizarnos por solucionarlos.

El origen de las ideas

Es de ley aclarar que las ideas fundamentales que sirven de esqueleto al libro no son mías, pertenecen a la herencia espiritual o a la sabiduría universal de la humanidad.

Lo que he hecho es “entretrejerlas” a mi manera, pero no pretendo asignarme ningún mérito respecto a la calidad del hilo.

Siempre y cuando pueda, haré las atribuciones a los maestros de las que las he tomado, porque algunas de ellas tienen miles de años y se hace muy difícil determinar una procedencia precisa o su origen exacto.

Hecha la aclaración, cabe decir que estas ideas resuenan de tal manera en lo profundo de mi corazón que también las considero mías.

Lo que no deja de sorprenderme es que, habiendo sido muchas de ellas generadas hace miles de años, yo me haya percatado de su existencia y en especial de su valor, recién a los 50 y tantos años.

Muchas veces me pregunto cómo puede ser que haya vivido tanto tiempo ignorándolas, o sin aquilatar realmente el significado y trascendencia vital de las mismas.

Verdadero vs. útil

No tengo la intención de decir, hablando de puntos de vista, que lo que aquí expreso es lo correcto, aunque confieso que alguna vez leyendo el legado de algunos sabios, he despertado a mi esposa Lilian diciéndole: mirá lo que dice acá, esto es verdad, ésta es la forma en que se deben percibir las cosas.

Simplemente me propongo demostrar cómo cambiar la forma de percibir los hechos lleva a generar algunas ideas que pueden luego cambiar dramáticamente nuestra forma de vida para bien, de manera que podamos alcanzar la paz y la felicidad, objetivo final de todos los seres humanos, hasta de los que deciden suicidarse (Pascal).



PARTE I:
Las cosas tal cual son

¿De qué está hecho todo?

Cuando comienzo la conferencia que lleva el mismo nombre y que dio origen a la idea de este libro, acostumbro llevar conmigo una silla plegable de madera, abrirla frente al público y preguntar a los asistentes:

¿Cuál es el origen de esta silla?

¿Quién o quiénes son la causa de que esta silla exista?

Inicialmente aparecen respuestas como las que siguen:

Público: - *Un diseñador y un carpintero.*
 - *Alguien con la necesidad de sentarse.*

¿Qué más se necesita? ¿Qué más hace falta?, suele ser el estímulo que utilizo para generar nuevas intervenciones.

Público: - *Se necesita madera.*
 - *Un árbol y un aserradero.*
 - *El que plantó el árbol.*

Claro, comento yo, alguien tiene que haber plantado el árbol del que se extrajo la madera y esa persona, igual que el carpintero y que el diseñador, fue importantísimo para que esta silla existiera.

Público: - *Los operarios del aserradero.*
 - *La semilla que dio origen al árbol, tierra, sol, agua, nubes.*
 - *Un herrero porque tiene clavos y otras cosas de metal.*
 - *Entonces hubo una mina de donde se sacó el metal, mineros, ... y una metalúrgica y todos los obreros que trabajan allí.*
 - *Herramientas, que vaya a saber dónde fueron fabricadas y por quién. Quizás en China.*
 - *Conocimiento.*

Cierto, alguien le enseñó al carpintero su oficio, agrego yo. Ese maestro también fue importante en el origen de esta silla, igual que el obrero chino que tal vez fabricó el taladro o la sierra que usó el carpintero.

¿Y los padres del carpintero?, pregunto.

Sin los padres del carpintero, el carpintero no existiría y tampoco esta silla.

¿Y los abuelos y bisabuelos del carpintero, del herrero, del minero o del chino?

¿Y los que alimentaron a toda esa gente y sus respectivas familias?

A esta altura y a veces antes, alguien dice en voz alta: *si seguimos así, llegamos al Big Bang, al comienzo de los tiempos.*

Entonces habitualmente pregunto:

Si tuviesen que darme una respuesta sintética y siguiendo más su corazón y su intuición que la lógica cotidiana: ¿Qué cosas intervinieron en la aparición de esta silla?

- Intervino todo lo que existe.

¿De qué está hecha en realidad esta silla?

- De todo lo que hay en el universo.

Acto seguido paso a preguntarles:

¿Quién o qué es la causa o el origen de una de las hojas de papel que tienen en su carpeta?

¿De dónde salió esa hoja de papel?

¿De qué está hecha?

- Igual que la silla.

A poco que lo pensemos, podemos comprender que, cuando algún poeta dice que el universo está contenido en una gota de agua o en un grano de arena, no es una metáfora, es literal.

El universo entero está contenido en todas las cosas.

Todo está hecho de todo lo demás.

La silla está hecha de todo lo demás, excepto de una cosa que se llame silla.

Silla es el nombre que le damos a ese todo, cuando tiene la configuración particular que acordamos llamar de esa manera y que utilizamos comúnmente para sentarnos.

“Si bien es cierto que todas las cosas están en el Todo, no lo es menos que el Todo está en todas las cosas”.

El Kybalion

También es cierto que si cualquiera de los elementos componentes hubiera faltado, si hubieran faltado las nubes o el sol, o uno de los tatarabuelos del carpintero, la silla no hubiera existido.

Como dice el Maestro Thich Nhat Hanh, cuando miramos una hoja de papel y no vemos en ella una nube, la estamos mirando superficialmente.

Si mirásemos en profundidad, veríamos la nube, la lluvia, el sol, el árbol...

“Aún en los lenguajes humanos, no hay proposición que no implique el universo entero. Decir el tigre, es decir los tigres que lo engendraron, los ciervos y las tortugas que devoró, el pasto del que se alimentaron los ciervos, la tierra que fue madre del pasto. Consideré que en el lenguaje de un dios, toda palabra enunciaría esa infinita concatenación de hechos”.

El Alef, Jorge Luis Borges

Thomas Traherne, poeta y escritor religioso inglés del siglo XVII dice, de forma similar a Borges:

“Los cerdos comen bellotas, pero ni consideran el sol que les dio la vida, ni la influencia de los cielos por la cual se nutrieron, ni la misma raíz del árbol de donde surgieron”.

La mayoría de nosotros nos comportamos gran parte del tiempo como los cerdos de Traherne.

En muy pocas circunstancias damos por sentado que los acontecimientos y las cosas no están sueltos o son independientes, sino que están enclavados en un orden universal y relacionados entre sí; que todos son al mismo tiempo, causas y efectos.

La mayor parte del tiempo, en general siguiendo nuestros mezquinos intereses (yo, mi, mío), tratamos los sucesos y todo lo existente (en especial a nosotros mismos) como si estuviesen desconectados del resto de la vida.

Como utilizamos diferentes palabras para designar, confundimos lo que designamos con las palabras y creemos que son tan independientes como aquellas.

Soñamos que hemos roto mágicamente la conexión entre las cosas, que hemos logrado fragmentar la enmarañada red que las une y hasta superar la ley universal de causa efecto.

Por esta razón vivimos ignorando que lo único de lo que somos poseedores en este mundo, es de las consecuencias de nuestras acciones y que todo lo que nos pasa, tiene que ver con esta ley inexorable.

Vivimos poniendo fuera, atribuyendo a los dioses, a los otros y en especial a los que consideramos nuestros enemigos, el origen de todos nuestros males.

Cuando nos alejamos de la realización de la unidad de todas las cosas, nos alejamos del objetivo final de nuestras vidas en esta tierra: descubrir por nosotros mismos quiénes somos y vivir en consecuencia.

“Cada ser contiene en sí mismo todo el mundo inteligible. De ahí que el Todo está en todas partes. Cada uno es Todo y Todo es cada uno. El hombre tal cual es ahora, ha cesado de ser el Todo. Pero cuando deja de ser un individuo, se eleva de nuevo y penetra el mundo entero”.

Plotino

“Cuando las Diez Mil cosas se ven en su unidad, volvemos al Origen y nos quedamos donde estuvimos siempre”.

Sen T’sen

En este punto de mi exposición, utilizo un comercial para televisión de una conocida marca de café y té donde el personaje central invita a sus comensales a tomar un cafecito.

Todos le piden según sus gustos (un té, un capuchino).

La anfitriona parece dirigirse a la cocina pero en cambio, tras la puerta, aparece en un enorme campo sembrado.

Recorre el campo donde mucha gente trabaja en los cultivos y llega a una fábrica donde se ven camiones, montacargas operando y trabajadores revisando bolsas de granos.

Ingresa al laboratorio de la fábrica, donde técnicos de túnica blanca observan a través de microscopios, escriben en computadoras o sacuden probetas de vidrio, y son ellos quienes le hacen oler el aroma del café y le entregan una bandeja con el pedido de sus invitados.

Vuelve por el mismo camino con la bandeja, mientras una voz en off dice: detrás de los sabores de... hay dedicación, calidad, experiencia. Hay todo eso que hace que a vos te gusten tanto, etc.

Lamentablemente, son muy pocas las veces que vemos un comercial que realmente valga la pena y que diga tanto, además de promocionar muy bien el producto.

Desconozco la agencia que lo pensó y desarrolló, pero como creo poco en las casualidades, pienso que los creativos estaban hablando del tema central de este libro: la interrelación, la unidad de todas las cosas, que si miramos con cuidado, puede verse en un pocillo de café.

Este comercial dice claramente que si usted toma el café o el té con atención, saboreando profundamente, verá los sembradíos, la gente que los trabaja, el sol, las nubes, la lluvia, la fábrica, los operarios, los técnicos, la dedicación y el esfuerzo de cientos de personas.

Si lo observamos con cuidado, si le damos nuestra atención plena, si aspiramos su aroma y lo saboreamos estando conscientes, nos asombraremos y quizás nos sentiremos agradecidos de tener ese privilegio.

Si lo tomamos con superficialidad, será un café más y no importa de la marca que sea, ni la calidad que tenga.

Dios recicla

Dios arma y desarma cosas.

Recicla.

Lo que da origen a todo, a las infinitas expresiones de la vida, son siempre las mismas cosas transformadas.

Todo son transformaciones.

“La naturaleza del conjunto universal, valiéndose de la sustancia del conjunto universal como de una cera, modeló ahora un potro; después lo fundió y se valió de su materia para formar un arbusto y más tarde otra cosa.

Y cada uno de esos seres ha subsistido poquísimo tiempo. Pero no es ningún mal para un cofrecillo ser desarmado, ni tampoco ser ensamblado”.

Marco Aurelio Antonino

Tal vez más conocido o recordado que Marco Aurelio es Lavoissier con su célebre: “Nada se crea, nada se destruye, todo se transforma.”

Si algún día la silla dejara de manifestarse como tal, se transformará en madera y ésta quizás en fuego, humo y cenizas que volverán al espacio, a la tierra y a las nubes, y que, transformadas, darán origen quizás a un nuevo árbol.

Conocemos esto desde niños.

Lo hemos visto reiteradamente, pero sin comprenderlo o sin hacerlo carne en nuestra vida diaria.

Todos los que criamos gusanos de seda en la escuela conocemos la ley de Lavoissier, la tuvimos ante nuestros ojos, sabemos que “todo es uno”, una única cosa que se transforma.

Que el gusano es en apariencia muy diferente a la mariposa y, de hecho, lo es.

Pero al mismo tiempo, el gusano es condición para la manifestación de la mariposa, la mariposa es la transformación del gusano que tiene lugar en la crisálida.

“El hombre no es una sustancia en sí misma, es sólo un modo de la única sustancia”, decía Baruch de Spinoza, filósofo judío del siglo XVII.

“Somos seres iguales [...] El universo está hecho de un sólo tipo de entidad, de un sólo tipo de lo que sea, que no puede ser definido”, dice Tadeus Golas en la década de los setenta.

Ambos, uno para el hombre, el otro, para todo lo que existe, afirman que todo está hecho de una única sustancia, de un solo tipo de lo que sea que no puede ser definido, todo está hecho de todo lo demás.

El paleontólogo, geólogo y filósofo Pierre Teilhard de Chardin S.J. (1881-1955) lo resume de esta manera:

“No hay en el Mundo ni Espíritu ni Materia: la “Trama del Universo” es el Espíritu-Materia. Ninguna sustancia, aparte de ésta, podría producir la molécula humana”.

Mas poéticamente decía Shakespeare: “Estamos hechos de la misma sustancia de los sueños”.

“Por consiguiente, cualquier parte mía será asignada por transformación a una parte del universo; a su vez aquella se transformará en otra parte del universo, y así hasta el infinito.

Por una transformación similar nací yo, y también mis progenitores, siendo posible remontarnos hasta otro infinito”.

“He sido compuesto de causa formal y materia; ninguno de esos dos elementos acabará en el no ser, del mismo modo que tampoco surgieron del no ser”.

Marco Aurelio Antonino

Como el gusano de seda y la mariposa, todo son continuaciones y transformaciones.

Manantiales, ríos, cascadas, océanos, mares, glaciares, nieve, granizo, nubes, son sólo formas de un ciclo que nunca termina y de esa misma agua que hemos bebido por generaciones, dependerán todas las generaciones sucesivas que existirán sobre la faz de la tierra.

“Cada célula contiene a todas las restantes. La presencia de cada una implica la presencia de todas las demás, ya que no puede existir en forma independiente, o separada de aquellas. Nada puede existir por sí mismo, aislado. Depende de todas las otras cosas. No existe el ser, sólo el interser”.

Thich Nhat Hanh

Nuestro cerebro ha venido evolucionando desde los comienzos de la existencia humana, no desde el momento de nuestra concepción, y allí contenida, al igual que en cada una de nuestras células, está toda la historia de nuestra especie, no la nuestra particular o la de nuestra familia.

De igual manera, nuestra conciencia no es individual, forma parte de algo que compartimos todos los seres humanos y quizás, más allá de nosotros, que se ha venido creando y transformando desde el comienzo de los tiempos.

Con pocas piezas elementales Dios arma y desarma infinidad de formas, como quien crea figuras en un caleidoscopio.

Simples reglas de repetición de fracciones o unidades elementales dan lugar a estructuras de complejidad inimaginable.

Con unas pocas piedras de colores, infinitas posibilidades de combinación de imágenes.

Con pocas notas, infinitas melodías.

Con agua (H_2O , lo informe) todas las olas del océano, (las formas) y, como todo lo que existe, las olas y el mar no tienen existencia separada, no son, *interson*.

Con partículas subatómicas arma átomos, con átomos arma moléculas, con moléculas arma células, con células, órganos, con órganos, sistemas, con sistemas, seres humanos, con seres humanos familias, empresas, comunidades, multitudes.

Todos ellos son similares, todos son agrupaciones de seres vivos porque como dice el Kybalion, "Como es arriba es abajo (y viceversa)".

Claro que si las olas o las imágenes del caleidoscopio fuesen seres humanos, que por otra parte somos armados y desarmados de manera similar, estaríamos envidiando, celando y criticándonos unos a otros, y diciendo: ¡yo soy una imagen más brillante, seré inolvidable, en cambio tú, qué tristeza, pobrecita!

Estaríamos preocupados porque hay olas en Hawaii que son más altas y elegantes que las de las costas uruguayas o porque

estamos perdiendo vigor y llegando a la orilla, sin percibir nuestra inmortalidad, la inmortalidad de aquello de lo que estamos hechos.

Imaginemos un estadio de fútbol vacío.

Llega la hora del partido y comienza la gente a poblarlo.

Llamamos a eso una multitud.

Ese sistema que llamamos multitud, está hecho de seres humanos.

Se manifiesta por un breve período de tiempo, aproximadamente los 90 minutos que dura el partido.

Cuando el partido finaliza, las piezas de ese sistema se dispersan y, como dice Marco Aurelio, van a formar otros sistemas; unos vuelven a su familia, otros al club deportivo, otros se reúnen con una barra de amigos, otros van a tomar algo alrededor de una mesa de un bar junto a otros parroquianos.

No importa del tamaño y complejidad que sean, las piezas del rompecabezas se juntan y se dispersan, se juntan y se dispersan, se juntan y se dispersan, pasando de unas estructuras a otras, creando nuevas configuraciones, nuevas formas.

Los tornados y huracanes se originan de la misma manera. Parecen surgir de la nada, pero nada surge de la nada.

Cuando todas las condiciones atmosféricas se dan, con lo que estaba en el lugar, se crea poco a poco esa figura imponente que llamamos tornado y a las que normalmente les ponemos nombres humanos.

Toma lo que encuentra a su paso, lo incorpora, lo gira en su interior y luego lo desecha; igual que hacemos los humanos.

Como los tornados o los huracanes, somos estructuras disipativas.

Cuando todas las condiciones se dan, nos manifestamos y cuando las condiciones desaparecen, dejamos de manifestarnos.

Nos formamos de lo que ya existe, tierra, fuego, aire y agua, que por otro lado, *interson*.

Somos aparentes por un tiempo y volvemos al mismo lugar de donde nos originamos.

Para tener un ejemplo más sencillo de lo que le digo, llene la pileta del baño con agua, quite el tapón y habrá creado una estructura disipativa.

El agua comenzará a girar como un pequeño tornado saliendo por el resumidero.

Nada se ha creado, la canilla, el agua, el tapón, la pileta, usted, etc., ya estaban.

Nada se ha perdido, el agua, que antes estaba en las cañerías, luego en la pileta, se ha ido por el resumidero al mar, se evaporará, formará nubes, luego lluvia, y luego...

Sólo hemos jugado un rato a Dios y transformamos lo que existía.

Cuando nos bañamos en la mañana, muchas de nuestras células se descaman y van al mar, algunos peces se dan un festín; un pescador en el muelle pesca uno de ellos y al día siguiente, en un restaurante de frutos del mar, pedimos pescado a la plancha y, si estamos despiertos, nos daremos cuenta que quizás nos estemos comiendo a nosotros mismos.

Igual sucede con la carne vacuna y aun, para los que son vegetarianos, con las lechugas.

No hay modo de salvarse del reciclaje.

Todo se origina del mismo lugar, una sola es la materia, uno sólo es el espíritu, una sola es la energía, todo es Uno.

Todo es multicausado.

Tenemos la tendencia universal a pensar que todo efecto (llámese silla u otro evento cualquiera), tiene una sola causa o a lo máximo, unas pocas.

Queremos atribuir la responsabilidad o la culpa de lo que sucede, de ser posible, a una sola persona; decimos, por ejemplo, que la razón de que nuestro equipo de fútbol haya salido campeón se debió a la excelente labor del director técnico.

En realidad, al igual que la silla, la hoja de papel o yo, todo en

este mundo es multicausado; las cosas, los seres vivos o los problemas.

Mis padres seguramente creían que ellos eran la causa de que yo me hubiese manifestado en este planeta.

Yo sé que ellos fueron una entre tantas causas.

También entiendo que al igual que Jesús, “Yo soy el hijo amado de Dios y que en mí, Él se complace”, de lo contrario, no estaría escribiendo este libro.

El universo entero acordó las condiciones para que me manifestase y cuando las condiciones no sean más favorables, dejaré de manifestarme en esta forma y me transformaré en otras.

Igual sucederá con todo, incluido usted querido lector.

Por esta razón, quizás sea admisible y hasta razonable simplificar cuando se trate de temas banales como, por ejemplo, cuál es la causa de que se me haya roto un vaso de vidrio barato mientras lo lavaba con agua y jabón.

Sin embargo, simplificar las cosas cuando se trate de un político hablando de la falta de seguridad en una ciudad y de poner pasacalles con frases altisonantes del tipo “tolerancia cero” como solución al problema, es signo de astucia mentirosa o de ignorancia superlativa.

En fin, todas las cosas están interconectadas, interrelacionadas y son interdependientes; todo es multicausado.

El carpintero, el diseñador, el cliente, el sembrador, el herrero, el minero, el chino, el árbol, las nubes, el sol...

El alga azul, los flamencos del lago Nahum y su excremento; el picabuey africano que come los insectos del lomo del buey y el buey; un lábrido limpiador común que le limpia los dientes a un tiburón y el tiburón, las bacterias de mi intestino y yo, igual.

Cada especie, cada ser, tiene su rol y su lugar, nada es fútil, todo se autorregula.

Los corales que tapizan tan sólo el 1 % del fondo marino son el hogar de miles de especies de algas, moluscos y peces.

El equilibrio de los océanos depende de los frágiles corales y nuestra existencia, de ese equilibrio.

Por esa red de interrelaciones todos dependemos de todo lo demás, pero no percibirlo, es grave.

Vamos al médico para que nos revise nuestro corazón y nuestros pulmones porque sabemos que dependemos de que funcionen bien para vivir; sin embargo, al decir de Thich Nath Hanh, no nos damos cuenta que talando árboles indiscriminadamente, estamos atentando contra nuestros pulmones fuera del cuerpo, que los ríos y arroyos son nuestras arterias y venas o que el sol es también nuestro corazón, porque de él depende nuestra vida y la del planeta.

La existencia es interrelación; sin ella la vida no es posible.

Nada es autosuficiente.

No vivimos, convivimos.

No somos individualidades, la vida está hecha de conexiones y nuestro problema es que estamos condicionados para ver las partes.

Estamos fragmentados, divididos, no vemos la totalidad y eso es una ilusión.

Por eso, es saludable entrenarse.

Más frecuentemente de lo que sería deseable, creemos en esas fantasías y no vemos lo obvio, por lo que se hace imprescindible entrenarse en “mirar profundamente” para ver “la realidad” en la vida cotidiana.

Cuando mañana en el desayuno se prepare una tostada y le ponga un poco de miel, si mira con cuidado es posible que comience a escuchar y a ver las abejas que le dieron origen.

Si es capaz de ver las abejas, es posible que vea las flores de las cuales las abejas sacaron el néctar para hacer la miel, y si ve las flores probablemente vea la lluvia o las nubes de donde esa lluvia provino, o los ríos de donde esas nubes se originaron, o escuche el silencio de la nieve en las montañas de las cuales los ríos tuvieron nacimiento.

Si uno mira en profundidad puede ver el universo en la miel.

Estar atentos servirá también para no dejarse confundir.

Alguna vez, seguramente ha visto esos comerciales que dicen: compre este jabón que elimina el 99,9% de las bacterias de la piel.

Bien, creo que habría que pensarlo seriamente antes de comprar esos productos porque las bacterias de la piel tienen que estar ahí, al igual que las del intestino.

Somos interdependientes y no se puede, indiscriminada y alegremente, andar eliminando gérmenes, porque, como pasa en los hospitales y sanatorios, desconocemos la virulencia de los que los van a sustituir, demostrando permanentemente aquello de que “alguien vendrá que bueno te hará”.

Si estamos atentos, cuando vayamos al cine veremos gente despierta diciéndonos “he aquí las cosas tal cual son”.

Por ejemplo, en el pasaje más memorable de la película “El extraño caso del Sr. Benjamin Button”, el personaje central, que nace viejo y desarrolla su vida hacia atrás, hacia la niñez, visita en un hospital en París a Daisy, la mujer que ama, una bailarina clásica que ha sido atropellada por un taxi a la salida de un ensayo.

Sentado en la sala de espera reflexiona en silencio sobre el hecho diciendo:

A veces estamos en el curso de una colisión y no lo sabemos, y ya sea por accidente o por una decisión, no hay nada que podamos hacer al respecto.

Una mujer en París sale de compras, pero regresa a buscar el abrigo que olvidó.

En ese instante suena el teléfono, se detiene a atenderlo y habla por un par de minutos.

Mientras la mujer habla por teléfono, Daisy, estaba ensayando para una presentación en el teatro de la Ópera de París.

La mujer sale para tomar un taxi. Un hombre la aventaja y toma ese primer taxi.

El conductor de otro taxi, luego de bajar un cliente, se detiene a tomar un café.

Mientras tanto Daisy estaba ensayando.

El taxista que tomó la taza de café recoge a la mujer que iba de compras, que había perdido el taxi anterior.

El taxi se detiene bruscamente por un hombre que cruza la calle distraído, cinco minutos más tarde de lo que acostumbra hacerlo porque olvidó poner su despertador.

Mientras este hombre cruza la calle, Daisy termina el ensayo y toma una ducha.

Mientras Daisy toma la ducha, el taxi espera a la mujer que baja a recoger un paquete en una tienda que se suponía que tenía que estar envuelto. El paquete no estaba envuelto porque la chica que se suponía que debía hacerlo, había dejado con su novio la noche anterior y se olvidó.

Cuando el paquete estuvo envuelto, la mujer volvió al taxi que fue bloqueado por un camión de reparto.

Mientras, Daisy se vestía.

Cuando el camión dejó la vía libre, el taxi pudo moverse, al tiempo que Daisy, la última en terminar de vestirse, esperaba por una compañera a quien se le rompió uno de los cordones de sus zapatos.

Mientras el taxi es detenido por una luz del tránsito, Daisy y su amiga deciden salir por la parte de atrás del teatro.

Si tan sólo una cosa hubiese sucedido diferente, reflexiona Benjamin Button.

Si el cordón del zapato no se hubiera roto, si el camión se hubiese movido antes, o si el paquete hubiese estado listo, o si la empleada no hubiera roto con su novio, o si el hombre hubiese puesto el despertador y cruzado cinco minutos antes, o si el taxista no se hubiese detenido a tomar una taza de café, o si la mujer no hubiese olvidado su abrigo y hubiese tomado el taxi antes, Daisy habría cruzado la calle y el taxi habría pasado de largo a su lado.

Pero siendo la vida como es, una serie de incidentes inocentes que nadie controla, el taxi no pasó de largo; el conductor se distrajo por un momento y atropelló a Daisy y su pierna fue aplastada.

Es claro que el autor del guión de la película se detiene en estos pocos eventos porque no son necesarios más a los efectos de mostrar la idea, pero de seguir hacia atrás como hago con las preguntas iniciales durante la conferencia, la interconexión de microsucesos nos llevaría al inicio de los tiempos, a los comienzos de la vida.

Aunque esta película es bastante reciente, sus ideas tienen miles de años.

Maestros iluminados, sabios, profetas y avatares nos las han venido diciendo por siglos de diferentes maneras y en diferentes culturas.

“Todo en uno y uno en todo”.

Budismo Mahayana

“Mientras comían, Jesús tomó pan y después de bendecirlo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo.”

Mateo 26, 26

¿Qué no hay en un trozo de pan o en un sorbo de vino, incluido el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

Aquella sentencia revive cada día en el pan de nuestra mesa; sólo se necesita comerlo con atención, estando conscientes.

Si observamos con cuidado la próxima vez que comamos pan, veremos en él el cuerpo de Cristo, veremos también los trigales de los que salieron los granos para la harina, la tierra, el sol, la lluvia, las nubes, el universo entero y toda su historia y

comprenderemos porqué decía: “El que me ve a mí, ve al Padre”, (el principio de la vida).

Las mismas ideas podemos reconocerlas en los trabajos de muchos poetas.

“... una hoja de hierba no es inferior a la trayectoria diaria de las estrellas...”

Walt Whitman

“Para ver el mundo en un grano de arena y el cielo en una flor silvestre, abarca el infinito en la palma de tu mano y la eternidad en una hora”.

William Blake

Quizás por eso, por tratarse de poetas o de personajes místicos y por el lenguaje que utilizan, no vemos la importancia práctica de lo que nos dicen a gritos.

No es posible que generación tras generación seamos capaces de construir sobre los conocimientos científicos y técnicos que nuestros antepasados nos han dejado y que en estos temas, aun más trascendentes desde el punto de vista de nuestra felicidad y la permanencia de nuestra existencia en el planeta, estemos en pañales dando, cada uno por las suyas, los primeros pasos en su comprensión.

Los que se despiertan y ven las cosas tal cual son, no parecen tener eco en el resto, que hace de cuenta que nadie ha dicho nada, ni aun aquellos a los que idolatran semana a semana en sus templos, mezquitas, sinagogas e iglesias.

Un sistema viviente auto-organizado

Por suerte para la humanidad, los científicos modernos están comenzando a decir lo mismo que han dicho místicos y profetas aunque con un lenguaje ligeramente diferente, propio de la especialidad.

Quizás por provenir de este ámbito tan respetado en el mundo moderno, comencemos a prestar más atención.

“Un ser humano es una parte de un todo al que llamamos universo.

Nos vemos separados del resto en una especie de ilusión óptica, que es como una cárcel que nos limita. Nuestra tarea es liberarnos, ampliando nuestro círculo de compasión a toda la naturaleza.”

A. Einstein

“La física cuántica ha demostrado que no existen las partes en absoluto. Lo que llamamos parte, es meramente un patrón de una inseparable red de relaciones [...], los objetos en sí, son redes de relaciones enclavados en redes más grandes.

[...] las relaciones son lo primario. Las fronteras de los objetos discernibles son secundarias”.

F. Capra

Todo en el universo tiene esta condición de red.

Si mirásemos una neurona de nuestro cerebro, veríamos que hacia fuera del límite aparente de la membrana celular, se interconecta, formando una red con otras neuronas, con glías, con vasos sanguíneos, hasta llegar a las meninges y éstas, con el cráneo, y éste con el cuero cabelludo y de ahí hasta el fin del universo.

Pero si explorásemos su interior, veríamos lo mismo.

Una red de estructuras y órganos intracelulares interconectados, (núcleo, mitocondrias, etc.) que, explorados nuevamente, repetirían el mismo patrón (cromosomas, genes).

Ningún objeto discernible puede separarse, ninguno tendría existencia aislado, porque no existen, son nuestras invenciones.

Un árbol es una invención.

Es poner un límite en un determinado lugar de la red infinita de la que forma parte y decir que lo que se encuentra dentro de esos límites, se llama árbol.

Si un niño nos preguntase señalando un árbol, ¿qué es?, deberíamos contestar que los humanos hemos acordado llamarle árbol, pero que no sabemos bien lo que es y confesarle que realmente nunca hemos visto uno, que sólo nos lo imaginamos.

Nunca nadie ha podido ver solamente un árbol; siempre lo hemos visto con otras cosas, sea que esté plantado o que lo pongamos en una maceta arriba de un camión. Siempre lo veremos relacionado o con algo de fondo, con lo que la figura del árbol sigue conectada.

Todo a lo que le hemos puesto nombre, genera la misma dificultad o ilusión de percepción, porque luego que nominamos, creemos que por la magia de la palabra, aquello nombrado existe, aunque no sea así.

La palabra es un mapa y el mapa, nunca es el territorio, sino tan sólo una representación aproximada de la realidad.

Cuando los primeros astronautas vieron desde el espacio nuestro planeta, comenzaron a percibirlo como una unidad, como un ser vivo indivisible.

Por los años setenta, dos científicos, James Lovelock y Lyn Margulis, elaboraron una teoría a la que denominaron teoría Gaia, nombre que daban a la tierra los antiguos griegos.

Ellos dijeron básicamente:

“El planeta tierra es un todo, un sistema viviente auto-organizado”.

Realmente estaban acertados; claro que alguien se le anticipó por cerca de 18 siglos.

Si les parece increíble, lean lo que sigue:

“Conviene tener presente que el mundo es como un ser animado, que contiene una sustancia única y un alma única; [...]

“Considera a menudo la cohesión de todas las cosas que existen y la íntima relación de las unas con las otras. Se entrelazan entre sí y se comunican amigablemente.

Las unas dependen de las otras [...]

Si tuviésemos que apostar a quién pertenecen los párrafos anteriores, diríamos que esto quizás lo dijo un alumno de los brillantes científicos, pero no es así.

Esto fue dicho por Marco Aurelio, emperador romano en el siglo II d.C.

Un poco más adelante, los místicos del medioevo acuñaron para la misma idea, la expresión “Unus Mundus”.

En fin, nada resume mejor el concepto que quisiera transmitir en esta sección respecto a la relación actual entre la ciencia y la mística, que lo que afirma el premio Nobel de Física en 1932, Werner Heisenberg, quien hiciera contribuciones fundacionales a la mecánica cuántica y a la física nuclear:

“El primer sorbo de la copa de las ciencias vuelve ateo, pero en el fondo de la copa, Dios está esperando”.

¿Por qué entonces seguimos empeñados en no ver la realidad?

Porque:

Estamos en el camino equivocado

Desde Adán hasta nuestros tiempos, nos hemos especializado en crear divisiones.

De acuerdo con el Génesis, quizás mal aconsejados por la serpiente, Adán y Eva transgredieron la prohibición de Dios y comieron del fruto del árbol del conocimiento, separándose así del resto de las criaturas del paraíso, maldición que aún perdura.

La vergüenza generada por su desnudez y evidenciada por el uso de las hojas de parra, es quizás una de las primeras señales de los problemas causados por esta conciencia de la fragmentación, de la separación del resto del universo.

En tanto estuvimos unidos al todo, según esta narración simbólica, no hubo sufrimiento ni miedo.

Ahora vivimos confundidos y angustiados en una búsqueda infructuosa del paraíso perdido.

Todos vivimos en el miedo y así seguiremos mientras busquemos la felicidad que perdimos al separarnos en el poder, en los logros, en el dinero o en lo que el dinero puede comprar, en fin, en las cosas exteriores, dándoles un valor que no tienen, tratándolas como si fuesen autosuficientes.

Hagamos lo que hagamos, el nombre de Dios (aquello que nos creó, el principio de la vida), está grabado a fuego en nuestros corazones y ese sentimiento de que algo nos falta, no se aliviará hasta que encontremos el camino de regreso a casa, la re-unión, la vuelta a la unidad.

Por otro lado, según nos cuenta el Antiguo Testamento, una de las primeras tareas encomendadas por Dios a Adán, fue nominar los animales existentes en la naturaleza.

Su misión fue realmente el proceso de clasificar, aprender a crear fronteras mentales, líneas divisorias simbólicas; Adán fue el primer creador de mapas.

De ahí hasta nuestros días, nos hemos súper especializado en dibujar nuevas fronteras y gran parte de nuestra vida es utilizada en dividir, separar, analizar, nominar y clasificar seres y cosas.

Los griegos clasificaron casi todo proceso y cosa existente en la naturaleza con tal precisión y persuasión que, por siglos, nadie dudó de la veracidad de sus divisiones.

Pitágoras, Galileo, Kepler, los números, el álgebra y las matemáticas nos dieron posibilidades ilimitadas de representar cosas

o hechos, crear nuevos conjuntos o combinaciones de aquellos, así como de buscar relaciones abstractas, teorías, leyes y principios con los que aun soñamos gobernar y controlar la vida.

A ellos les debemos gran parte del desarrollo tecnológico y, al mismo tiempo, nuestra creciente alienación.

Inventamos permanentemente divisiones; nominamos y clasificamos todo.

En un mundo que hoy sabemos, es “un todo, un sistema viviente auto-organizado”, hemos creado: reinos, subreinos, tipos, clases, subclases, superórdenes, órdenes, familias, géneros, especies, subespecies y así seguimos casi hasta el infinito.

Hasta le hemos puesto nombre al mismísimo arte de clasificar; se llama taxonomía.

Para ver algunos de los efectos de esta mentalidad en el día a día, permítanme tomar como ejemplo un área de la vida que me es familiar: mi profesión de médico.

En mi época de estudiante, el primer año de la carrera de medicina tenía como materia central, Anatomía.

Disecar y reconocer fue la tarea de todo ese tiempo y luego, memorizar hasta los nombres de las más diminutas ramas vasculares o nerviosas.

Todo en Anatomía tiene un nombre, incluso ridículos orificios en los huesos o pequeños vasos que, a falta de uno adecuado, se llaman “innominados”.

Así como nadie ha visto un árbol, nadie ha visto un corazón.

No se puede, salvo que cortemos todas sus conexiones, los vasos, los nervios, el pericardio, etc., y aun así, no podremos.

¿Por qué?

Porque es otro invento.

El corazón forma parte de un todo, al igual que los pulmones, los riñones o cualquier otro órgano que mencionemos.

Es más, otras culturas médicas como la china, no reconocen las mismas divisiones del cuerpo humano que hacemos en occidente; agrupan órganos de distinta manera y le llaman diferente, hacen divisiones que nosotros desconocemos.

Llegado el momento, a los médicos se nos enseña que debemos pensar en el ser humano como un todo integrado y relacionado a un contexto particular, que debemos preguntar por el lugar donde vive, si tiene agua potable, piso de tierra o techo de paja, o cómo está integrada su familia y cuántos duermen en una habitación, pero, luego de un tiempo, lo olvidamos.

Cada especialista sabe de lo suyo y ve el todo desde su fragmento o rincón.

Para alguien que se recibió de médico, luego hizo un postgrado de cirugía, luego de cirugía plástica, y luego se ultra especializó en cirugía de mano, nada que esté del codo para arriba le resulta propio.

Para colmo de males, casi todos los médicos carecen hoy en día del tiempo necesario para hacer un buen interrogatorio.

Por esta razón, cualquiera sabe lo que es deambular por consultorios de varios especialistas sin lograr que alguien reúna los síntomas y signos con decenas de exámenes pedidos por otros tantos colegas, mediante una visión integradora, que comprenda y atienda a la totalidad, que vea la interrelación y las conexiones.

La súper especialización surgida de la división, tiene algunos beneficios, pero también muchos inconvenientes, entre ellos, frecuentemente nos hace olvidar la definición de salud de la OMS que dice: "Salud es el completo estado de bienestar físico, psíquico y social y no sólo la ausencia de enfermedad".

A pesar del tiempo transcurrido, una visión más acorde con esta definición la da Sócrates, a quién Platón (Grecia 427 – 347 a.C.) hace decir en uno de sus diálogos lo siguiente:

"Igual que no se debe curar la vista sin la cabeza, ni la cabeza sin el cuerpo entero, pues tampoco el cuerpo sin el alma; esta era también la causa por la que entre los griegos, los médicos no estaban preparados para curar la mayoría de las enfermedades, por no darse

cuenta de la totalidad a la que habría que tener en cuenta y en cuyo estado enfermo sería imposible encontrar alguna parte en buenas condiciones. Porque todo tenía su origen en el alma, el mal y el bien”.

Platón, diálogos: Charmides

A todas luces una concepción integral, más real, embrión de la medicina psicosomática.

Enseñamos a nuestros niños a dividir y a ver la vida fragmentada porque no podemos enseñar lo que no sabemos o ni siquiera vemos.

Por citar tan sólo algunos ejemplos:

De pequeños los entretenemos leyéndoles cuentos que sutilmente introducen las divisiones.

“Los diez amigos”, parece un título aceptable para un libro que habla de los dedos de la mano, pero da a entender, al ponerles nombre a cada uno, que son independientes, que pueden existir separadamente, cuando la mano podría ser un excelente ejemplo de unión y trabajo conjunto.

“René la rodilla” no sólo suena raro, sino que humaniza y da identidad separada a una pieza de unión, que en verdad, relaciona.

Desde el momento en que pueden patear una pelota los embanderamos con la camiseta del club del barrio y los ponemos a competir.

En lugar de enseñarles a divertirse, a disfrutar, a trabajar en equipo y tomar la competencia con liviandad, los padres damos a menudo espectáculos lamentables de desequilibrio emocional y falta de control, azuzándolos y gritándoles disparates desde el borde de las canchas (matalo, talalo,...), o como también he visto, tomándose entre ellos a golpes de puño por banalidades.

Si durante los años de escuela pudiesen por ventura vislumbrar una visión integrada de la información porque al menos la reciben de un/a maestro/a por año, cuando llegan al

liceo, nuestros adolescentes se encuentran con 13 materias que son dictadas en clases de 45 minutos por otros tantos profesores de forma independiente e inconexa; expresión, de hecho, de una organización y un sistema con una visión multifragmentaria del mundo y del conocimiento.

Por otra parte, desconozco que existan en nuestro medio, escuelas o liceos comunes donde se enseñe específicamente la interconexión, interdependencia y la unidad de todas las cosas, (las cosas tal cual son), concepto con el que quizás sería conveniente cerrar toda clase de geografía, de biología o de lo que sea.

De esta forma, no hay manera que logremos una generación cuya comprensión vaya más allá de las mezquindades de hoy en día.

En un mundo que nuestros avatares nos dicen desde hace miles de años que es un organismo vivo e indivisible, donde todo está interconectado e interrelacionado, hemos inventado continentes y dentro de éstos, países y dentro de éstos, departamentos y dentro de éstos, ciudades, barrios y seccionales, trazando “ad infinitum” líneas imaginarias que la gran mayoría cree que son reales.

El problema radica en la forma de funcionar de la mente humana.

Concebimos el mundo y la realidad, según las posibilidades de conocimiento de nuestro cerebro. Debido a la estructura dual de nuestro pensamiento, conocemos al delimitar, trazar líneas, comparar y distinguir una cosa de otra, definir, nominar.

De esta manera, Aristóteles pensaba que podemos conocer un objeto cuando somos capaces de ver en qué se diferencia de otro de su mismo género.

Luego, trasladamos a la realidad (que carece de líneas divisorias), nuestra forma de conocer y finalmente nos creemos que la realidad está organizada de esa manera, porque la mayoría no concibe otra forma de aproximarse a ella.

Siguiendo a Descartes, los científicos del mundo occidental

han quedado por siglos ensimismados y cristalizados en una visión mecanicista según la cual el hombre y el universo están compuestos de piezas y partes como un motor o un mecanismo de relojería y donde la disección y el análisis siguen siendo aun las herramientas con las que pretendemos mejorar nuestro conocimiento de las cosas y a través de éste, alcanzar la felicidad.

Sin embargo, lejos de abocarnos a lograr nuestra meta de ser felices, nos parecemos al paciente que en estado catatónico fue enterrado vivo pero boca abajo y cuando despertó, comenzó a luchar para salir.

No sabiendo hacia dónde se dirigía, cuanto más luchaba por salir, más se enterraba.

La humanidad y sus líderes, buscamos a ciegas en un camino en el que cada paso nos lleva más cerca de nuestra extinción y lo peor de todo, es que el camino está tapizado de sufrimiento.

Se necesita un cambio de segundo orden

Muy tarde por la noche Nasrudín se encuentra dando vueltas alrededor de una farola, mirando hacia abajo. Pasa por allí un vecino.

*—¿Qué estás haciendo Nasrudín, has perdido alguna cosa?
—le pregunta.*

—Sí, estoy buscando mi llave.

El vecino se queda con él para ayudarle a buscar. Después de un rato, pasa una vecina.

—¿Qué estáis haciendo? —les pregunta.

—Estamos buscando la llave de Nasrudín.

Ella también quiere ayudarlos y se pone a buscar.

Luego, otro vecino se une a ellos. Juntos buscan y buscan y buscan. Habiendo buscado durante un largo rato acaban por cansarse.

Un vecino pregunta:

—Nasrudín, hemos buscado tu llave durante mucho tiempo,

¿estás seguro de haberla perdido en este lugar?
—No — dice Nasrudín
—*¿Dónde la perdiste, pues?*
—Allí, en mi casa.
—*Entonces, ¿por qué la estamos buscando aquí?*
—*Pues porque aquí hay más luz y mi casa está muy oscura.*

Por más que en los Shopping Centers haya más luz, no es lugar donde buscar la felicidad.

La hemos perdido en otro lado.

Vivimos en una pesadilla y no importa la cantidad y lo dramáticos que parezcan los cambios que hagamos dentro del sueño.

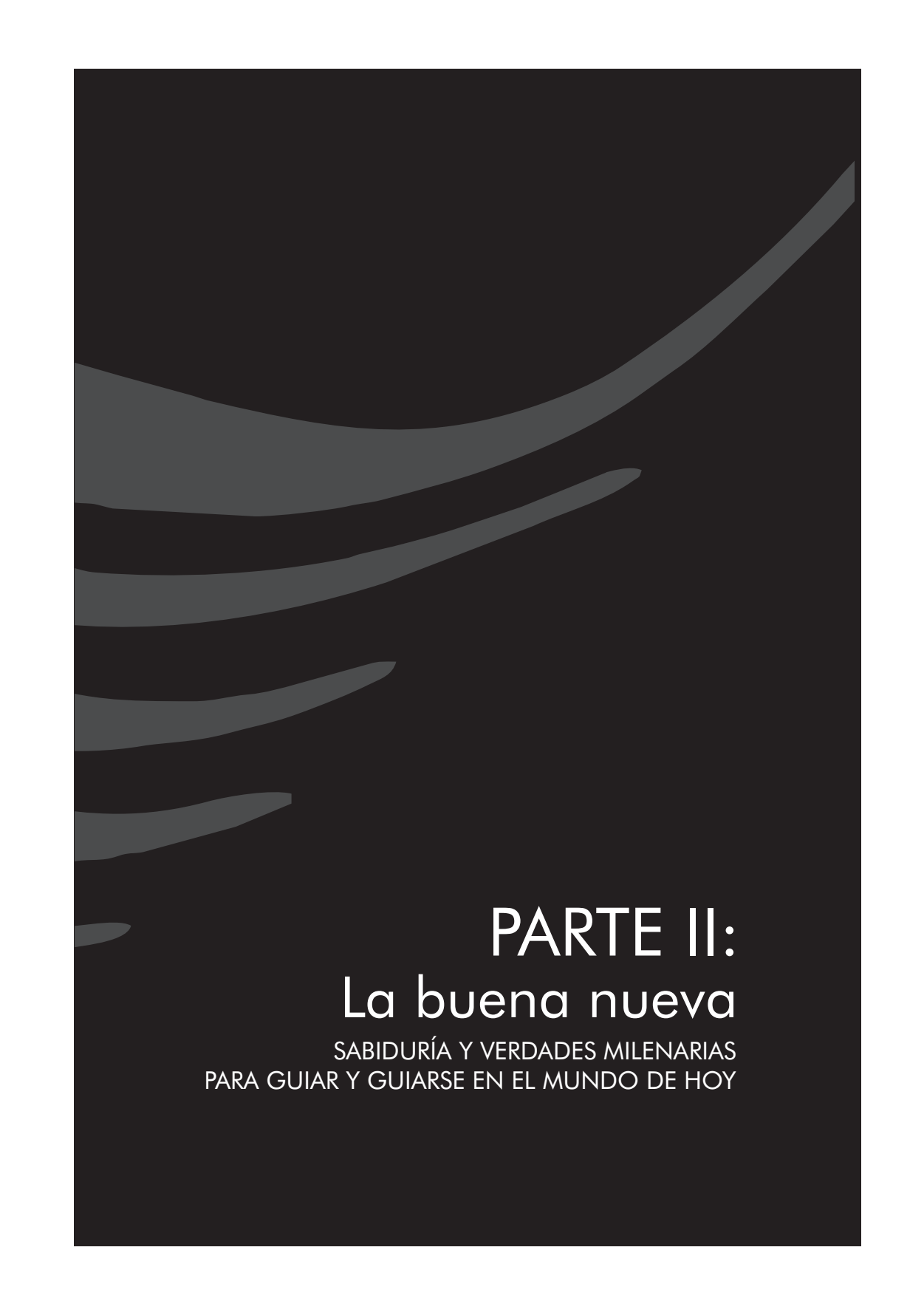
Como acostumbraba decir Krishnamurti, son “redecoraciones del infierno”.

No cambiamos nada si estando presos nos ponemos a discutir de qué color pintar los barrotes de la cárcel, como tampoco lo haremos si para escondernos del monstruo que nos persigue en la pesadilla, decidimos escondernos en el ropero o debajo de la cama.

Lo que se necesita es salir del sueño, despertar, ser libres.

El problema radica en que es difícil explicarle a alguien cómo salir de la cárcel, cuando ni siquiera sabe que está preso.





PARTE II: La buena nueva

SABIDURÍA Y VERDADES MILENARIAS
PARA GUIAR Y GUIARSE EN EL MUNDO DE HOY

INTERSER

ATENDER
EL PROBLEMA
EN SUS ORÍGENES
LÍNEAS
DIVISORIAS

PENSAR
EN SISTEMAS
Y EN REDES

PRACTICAR UN
EGOÍSMO ILUMINADO

AYUDAR A OTROS A
DESPERTAR Y
DARSE CUENTA

UBICARSE
DIMENSIONARSE

ASUMIR LA RESPONSABILIDAD

ATENDER LAS SEÑALES, INTUIR

OCUPARSE Y LUEGO CONFÍAR

DUDAR DE NUESTRAS CALIFICACIONES

SER HUMILDES Y AGRADECER

ACEPTAR LO QUE ES
POR NATURALEZA

El modelo del ángel

“El hombre es el único a quien Dios otorgó la facultad de incorporarse de nuevo con su todo, después de haberse separado y cercenado. [...] ha puesto en su mano el que no se separase y que una vez segregado, pudiese restituirse de nuevo, fundiéndose con Él y recuperando el lugar de miembro participante”.

Marco Aurelio Antonino

Si Marco Aurelio está en lo correcto, a pesar de nuestro desacierto de separarnos durante tanto tiempo y de manera tan encarnizada, tenemos la posibilidad de restituirnos al todo, de dejar nuestra postura de observador externo o de centro alrededor del cual creemos que gira el resto de la existencia y recuperar nuestro lugar como participantes, en fin, de religarnos.

Éste es el origen de la palabra religión. Viene de re - ligare, volver a unir, y éste fue el objetivo de las enseñanzas de todos los iluminados, desde el comienzo de los tiempos: la necesidad imperiosa de religarnos.

Decía el psiquiatra suizo Carl G. Jung (1875 -1961), fundador de la psicología analítica, al respecto:

“Entre todos mis pacientes que están más allá de la mitad de la vida, es decir, mayores de 35 años, no hay ni uno solo cuyo problema fundamental no sea su actitud religiosa. En el fondo, todos enferman en última instancia por haber perdido lo que las religiones vivas han dado a sus creyentes en todas las épocas, y nadie quedará realmente curado si no vuelve a encontrar su orientación religiosa, lo que, desde luego, no tiene nada que ver con la pertenencia a una confesión o iglesia”.

Sin embargo, un error frecuente entre el común denominador de la gente, pero inexcusable para un líder, es la expresión: “yo no creo en las religiones”.

Pienso que cuando alguien se expresa de esta manera, a menudo está confundiendo el concepto religión (religar, unirse al todo), con las instituciones humanas creadas alrededor del mismo que, por supuesto, tienen las virtudes y defectos de todas las organizaciones humanas.

Si queremos “curarnos” y más aún, si queremos tener la esperanza de salvar este planeta y la vida en él, nadie debería liderar nada y menos una nación, si no tiene este objetivo como prioritario: religarse.

Como dice el sacerdote benedictino Willigis Jäger “El hombre del futuro será religioso, o no será.”

Ahora bien, ¿cómo nos daríamos cuenta que estamos en presencia de un líder iluminado, alguien que ha despertado de la visión cortoplacista de su chacrita y que ve la realidad tal cual es, que tiene clara la interrelación de todas las cosas, la interconexión, la interdependencia, el *interser*, la totalidad, el *Unus Mundus*?

- ¿Qué consecuencias tendría sobre su liderazgo?
- ¿Cómo cambiarían y trataría los contextos en los que actúan o tiene influencia?
- ¿Cómo influiría en sus conductas y comportamientos?
- ¿Qué cosas que hoy no hace, estaría haciendo?
- ¿Qué cosas que hoy hace, dejaría de hacer?
- ¿Qué habilidades o capacidades desarrollarían él y su gente?
- ¿Cuáles serían sus intereses?
- ¿Cuáles serían sus creencias y valores?
- ¿Cuál sería su identidad?
- ¿Cuál sería el objetivo superior al que dedica todos sus esfuerzos?

Vale la pena señalar que cuando me imagino un líder que tenga clara la interrelación de todas las cosas, me refiero a que este concepto haya hecho carne en su corazón y no sólo en su mente o en su lengua.

Tengo la certeza que, al menos para mí, el proceso de incorporar algo nuevo e importante en mi vida, recorre el camino inverso.

Comienza por la lengua.

Mi sentido común me ayuda, en muchas situaciones, a saber lo que conviene o se debe decir aunque mi mente no lo registre aún, o no lo haga consciente como algo existente en la vida real.

Cuando comienzo a percibirlo, cuando veo aquello que digo, funcionando, cuando descubro el concepto del que hablé en acción en la vida diaria, sé que está a nivel de mi mente.

De ahí a vivir de acuerdo a los dictados del mismo, nuevamente hay una distancia; la de mi mente a mi corazón, que algunas veces es grande.

Cuando mis acciones comienzan a contemplar la idea sin que mi mente deba operar disciplinadamente y con esfuerzo para lograrlo, cuando soy una sola pieza con ella, entonces sé que esa idea se ha encarnado, que es parte de mí.

Es a esta etapa a la que me refiero cuando hablo de nuevos líderes; personas que “encarnen” la idea de la interconexión, que no sean, que *intersean*.

Lo que planteo a continuación son tal sólo sugerencias, formas de contestar las preguntas anteriores, maneras en que alguien comprometido con esta idea ayudaría al resto a religarse, mostrando que éste es el objetivo primordial de su actividad y el camino de la salvación y haciéndolo más con sus conductas, que en sus discursos.

Liderar para un nuevo mundo significa: Pensar en sistemas y en redes

La palabra sistema viene del griego y significa, colocar junto.

Aunque el mundo en general parece ignorar el concepto, sobre todo si atendemos a los comportamientos, la idea de sistema hace tiempo ha comenzado a aparecer en los titulares de diferentes disciplinas tales como terapia familiar sistémica, management sistémico, o biología sistémica.

Especialmente los biólogos conocen desde hace ya mucho tiempo los efectos de las decisiones que no contemplan las interconexiones e interrelaciones ocultas.

Saben que hacer desaparecer una especie, aun aquellas de apariencia insignificante, puede tener consecuencias catastróficas en otra u otras a miles de kilómetros de distancia.

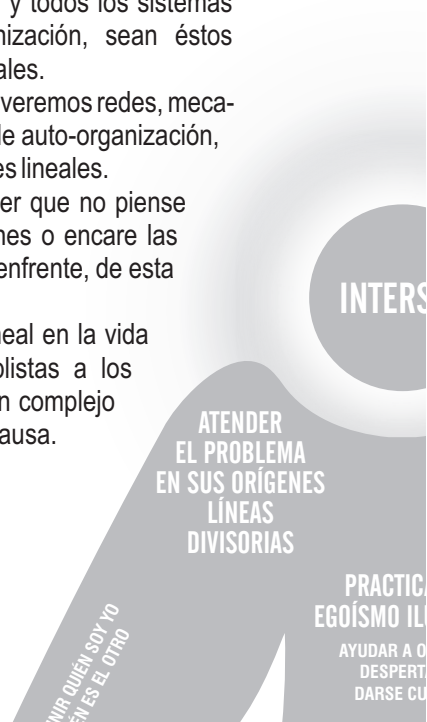
Pensar y entender las cosas y los sucesos sistémicamente, significa ponerlas en un contexto y establecer la naturaleza de sus relaciones, porque un sistema es un todo integrado cuyas propiedades surgen de la relación entre las partes.

Éste es un patrón general de la vida y todos los sistemas comparten principios básicos de organización, sean éstos animales, máquinas u organizaciones sociales.

Si observamos en profundidad la vida, veremos redes, mecanismos de feedback, de autorregulación, de auto-organización, en fin, veremos interrelaciones y no patrones lineales.

Por lo tanto, no es concebible un líder que no piense sistémicamente, que no conciba sus planes o encare las soluciones de los problemas a los que se enfrente, de esta manera.

No hay lugar para el pensamiento lineal en la vida real y menos para las soluciones simplistas a los problemas sociales que atribuyen algo tan complejo como por ejemplo, la violencia, a una sola causa.



Muchas veces reflexiono esperanzado que el fluido y hasta abusivo uso de Internet y de las redes sociales que hacen los niños y jóvenes de hoy, entre los tantos riesgos y perjuicios que se le señalan, quizás tenga el beneficio de permitirles entender el funcionamiento de las redes y sistemas, sin necesidad que nadie se los explique, algo que posiblemente resultaría difícil o imposible para un gran número de los maestros y profesores que los educan.

Las redes y los sistemas tienen reglas y quien las desconozca, es un ciego en este mundo, lidere lo que lidere.

No es mi pretensión profundizar en un tema sobre el que hay centenares o quizás miles de libros escritos por expertos.

Tan sólo señalar alguna de esas leyes y lo absurdo de luchar contra ellas.

Por ejemplo, uno de esos principios dice que en los sistemas, el conocimiento es libremente compartido y no una fuente mezquina de poder.

Sin embargo, legisladores pretenden controlar ese intercambio de conocimiento al que llaman piratería, mediante un proyecto de ley.

Dice el escritor uruguayo Dr. Carlos Maggi al respecto:

“Cuando se habla de esto, se habla en el lenguaje de las cosas, del tuyo y mío, de lo que valen y del dinero [...] y en la red de redes, los principios son absolutamente diferentes. Si se aplican los principios un tanto miserables y yo diría terminales del mundo capitalista, no se entiende el mundo del futuro.

[...] todo sucede en la red sin ningún espacio... sin estado, ... sin policía, por eso digo que es una anarquía perfecta, que es en última instancia, la gran utopía humana de liberarse del que manda, del que tiene el poder, del que tiene el dinero.

INTERSE

PENSAR
EN SISTEMAS
Y EN REDES

PRACTICAR UN
DÍSMO ILUMINADO

AYUDAR A OTROS A
DESPERTAR Y
DARSE CUENTA

ACEPTAR LO QUE
POR NATURAL

Aquí no es así, hay otros principios que son muy superiores. Si no se capta esto, no se entiende lo que está pasando.

El autor tiene derecho a cobrar, lo entiendo perfecto; la humanidad tiene muchísimo más derecho de lograr la maravilla fraterna de que el conocimiento sea de todos y sea gratuito y eso no se puede parar.

El mundo del futuro está en la anarquía de la red de redes”.

Los líderes de ese futuro ayudarán a otros a comprender que:

- el éxito no es lineal ni imperecedero
- que primero hay que alimentar la red
- que tiempo y espacio son igual a cero
- que las ideas valen más que el capital
- que la flexibilidad y la adaptabilidad se premian más que el tamaño y la rigidez
- que pequeños cambios pueden lograr grandes modificaciones globales, en fin, principios que distan mucho de los que hoy prevalecen y rigen en el mundo.

Vivimos en un mar de conexiones invisibles, determinantes de los sucesos que nos afectan.

Por eso, debemos despertar y darnos cuenta que hoy se derrocan gobiernos por medio de redes sociales.

Que caen imperios económicos, bancos y financieras de prestigio internacional, no por aparentes causas racionales, sino por una corrida basada en la corazonada de muchas personas conectadas en una red que es invisible a sus gerentes.

La salud y la felicidad se contagian como la obesidad y las enfermedades.

Según las investigaciones de dos de los teóricos de redes más reconocidos del mundo, Nicholas Christakis y James Fowler, que un amigo de un amigo nuestro sea obeso, aumenta las probabilidades estadísticas de que nosotros aumentemos de peso.

Hay epidemias de risa, de suicidios, de accidentes de avión, de donantes de riñones y no sólo de gripe o de enfermedades de transmisión sexual.

Que uno de los cónyuges de un matrimonio bien avenido fallezca, aumenta el riesgo de muerte del sobreviviente en los primeros 6 meses hasta en un 40 %.

Aunque no conocemos mucho de esos vínculos secretos, nos guste o no, estamos ligados, conectados indisolublemente a otros humanos, a todos los humanos y con todos ellos formamos un superorganismo al que llamamos humanidad.

Nuestro inconsciente, que determina gran parte de nuestra vida, contribuye, forma parte y se nutre del inconsciente colectivo, esa especie de biblioteca gigante que reúne los aprendizajes y experiencias de nuestra especie desde sus orígenes hasta nuestros tiempos.

El yo individual y el yo colectivo no son opuestos, *interson*.

Al igual que mi inconsciente, mi sistema inmunitario es el resultado de un proyecto colectivo.

Aunque no lo veamos con claridad, todo en la humanidad y el universo es un proyecto colectivo.

Con el advenimiento de la genética se sabe que muchas enfermedades, desde el síndrome maniaco depresivo hasta ciertos tipos de cáncer, no dependen del mal funcionamiento de un solo gen sino de varios genes o de algunas de sus partes actuando en una red compleja escondida en el interior de las células.

Si queremos entender la vida y curar enfermedades no basta con descifrar el código genético, debemos pensar en redes e interconexiones. No hay genes buenos y malos, sino redes funcionando a varios niveles.

Por estas razones, un líder para un nuevo mundo debe desarrollar como habilidad primordial, la de ver las cosas con un sentido global, abarcativo, completo, minucioso y, al mismo tiempo,

tener sentido de relevancia para determinar cuáles son las cosas importantes a fin de no perderse en la maraña de detalles sobre los que, quizás, poco o nada pueda hacer.

Por último, equilibrio, medida, templanza, son las virtudes que surgen de ver el panorama real, las cosas tal cual son y de ponderar con cuidado las consecuencias de sus decisiones.

A manera de resumen vale la pena recordar, como dice Robert Dilts, que:

- La excelencia viene de dedicarse apasionadamente a una sola perspectiva.
- El genio viene de dedicarse apasionadamente a la integración de varias perspectivas.
- La sabiduría viene de dedicarse apasionadamente al proceso de integrar varias perspectivas.

Necesitamos líderes más sabios, líderes que, al comprender los sistemas, entiendan que no es optativo...

Aceptar lo que es por naturaleza

Parece de Perogrullo que lo que surge de la naturaleza, aquello de lo que la naturaleza es su madre, tiene las características de la madre.

Por lo tanto, harían bien todos los líderes de este mundo en aprender de nuestra madre, porque como dice Séneca:

“[...] hay que usar a la naturaleza como guía... [...] vivir feliz es vivir de acuerdo con la naturaleza”, “[...] la libertad consiste en obedecer a Dios”.

RSER

PENSAR
EN SISTEMAS
Y EN REDES

TICAR UN
ILUMINADO

A OTROS A
ERTAR Y
E CUENTA

CARSE
IONARSE

DUDAR DE N

ACEPTAR LO QUE ES
POR NATURALEZA

Al contrario de lo sugerido por Séneca, lo común es ver luchar encarnizadamente contra las leyes naturales, actitud propia de la miopía de muchos empresarios y gobernantes de hoy.

Hoy en todo el mundo se habla de maximizar. Queremos maximizar las ventas, maximizar la producción, maximizar las ganancias, maximizar la salud, la seguridad o lo que sea.

La naturaleza premia las optimizaciones y castiga las maximizaciones.

El día que una manada de zorros decida maximizar la matanza de conejos, estarán condenados en el mediano y largo plazo a la hambruna y quizás, a la desaparición.

“Si quieres estrujar una cosa, procura antes que se dilate.
Si quieres debilitar algo, procura que cobre fuerza primero.
Antes de aniquilar algo, espera a que florezca plenamente.
Si quieres privar de algo a alguien, habrás de darle lo bastante”.

“El sabio evita todo exceso de cantidad, todo exceso de medida, y todo exceso de forma”.

Tao Te King

Todo en el universo es cíclico y compensatorio, excepto para los humanos que con frecuencia luchamos para que las empresas, las organizaciones, los países, nuestra vida o lo que sea que nos interese, siempre esté en alza, siempre ganando mercado, siempre verde, siempre en primavera, siempre saludable.

No querer aceptar los períodos de declinación naturales, tanto sea en las cifras de facturación de nuestro negocio como en nuestras propias vidas, pretender una gráfica de crecimiento constante, aspirar a que eternamente el presupuesto de ventas del próximo año sea un “X” % más que el del año anterior, es como no querer aceptar el otoño y el invierno porque me gustaría que fuese eterna la primavera o el verano.

Es como si un oso no aceptase hibernar, o una golondrina migrar.

No existen monedas ni tortillas de una sola cara.

Fluir con las estaciones, alinearse con los ciclos, abrazar los períodos de florecimiento y los de decadencia y reconocer su aplicabilidad a nuestra propia vida y la de nuestras organizaciones, es de mínimo sentido común.

“Lo que está a medias, será completado.

Lo que está torcido, enderezado.

Lo que está vacío, será llenado.

Lo que está viejo, renovado.

Lo que tiene poco, recibirá.

Lo que tiene mucho, perderá.

Por eso el Sabio abraza la Unidad”.

Tao Te King

No querer aceptar los tiempos que las cosas necesitan, parece ser otro sello de la locura o la insanía de nuestra era.

Juntar a nueve mujeres con un mes de embarazo no hace un niño a término.

Los pollos no rompen la cáscara del huevo ni un día antes ni uno después de que su pico alcanza la consistencia necesaria.

Tratar de abrir a la fuerza un pimpollo de rosa para que parezca una flor madura, sólo logrará estropearlo.

Todo está coordinado, ensamblado, ajustado por ese sabio principio de la vida que nos resistimos a aceptar.

Queremos a toda costa continuidad, permanencia, evitar la muerte, cuando vida y muerte en la naturaleza son una misma cosa y dónde, la muerte de unas cosas (cesar de manifestarse), es imprescindible para que otras cosas puedan manifestarse.

“Un ciclón no dura más de una mañana. Ni el aguacero sobrepasa una jornada.

¿Quién los origina? El Cielo y la Tierra.

Si ni siquiera Cielo y Tierra consiguen algo permanente, ¡cómo podría lograrlo el ser humano!

Tao Te King

Sistemas caóticos, cambio, inseguridad, incertidumbre, impermanencia, interrelación, interdependencia, y tantos otros términos, son formas diferentes de llamar a la vida.

- Está en nuestra naturaleza envejecer.
- Está en nuestra naturaleza enfermar.
- Está en nuestra naturaleza morir.
- Está en nuestra naturaleza irnos como vinimos a este mundo, es decir, sin nada.
- De lo único que somos dueños, es de las consecuencias de nuestros actos.

No resistirse y estar preparados para aceptar estas verdades que el Buda enfatizó, incluida la muerte, es signo de sabiduría.

Cuando recapacitamos acerca de la magnitud de la maravilla incomprensible en la que estamos inmersos, de lo insignificante de nuestra dimensión, así como de lo absurdo de nuestras pretensiones de control o resistencia, comenzamos a vislumbrar la necesidad de aceptar lo que es, porque “lo que es, es Dios”.

La mal llamada Maldición de Adán, es decir, la inevitable sujeción a estas leyes no es más que parte de nuestra condición humana, es universal, nadie ni nada se escapa ni puede resistirse.

No somos víctimas de nada, es nuestra realidad.

Vivimos deseando que aparezca algún líder que nos salve de nuestra vulnerabilidad, que nos evite las exigencias y los sinsabores de la vida, que nos ponga a resguardo de las inseguridades y de los cambios, pero todos los iluminados que han llegado a este mundo para mostrarnos el verdadero camino, se han sujetado ellos mismos a estas condiciones, no se han rebelado ni las han derogado.

Lo que un nuevo líder debe enseñar es a decir Sí a lo que es por naturaleza, manteniendo en la prosperidad y en la adversidad, equilibrio, conciencia y ecuanimidad; “santa indiferencia”.

En fin, como dice un proverbio Zen:

- “Si las entiendes, las cosas son como son y si no las entiendes, las cosas son como son”, a lo que yo le agregó:
- Si las cosas son como te gustaría que fuesen, las cosas son como son y si las cosas no son como te gustaría que fuesen, las cosas son como son.
- Si las cosas son como crees que deberían ser, las cosas son como son y si no son como crees que deberían ser, las cosas son como son.

Liderar para un nuevo mundo significa: Atender el problema en sus orígenes; las líneas divisorias

“En cualquier lugar donde ha habido grandes líderes militares, han habido guerras, pero esto no prueba que los generales fueran la causa de las guerras, y que los factores que conducen al conflicto armado, puedan ser encontrados en la actividad de un solo hombre...”

León Tolstoi: Guerra y Paz

Si tienen frente a ustedes una hoja en blanco y dibujan una línea curva, han creado un conflicto, han creado los opuestos conocidos como cóncavo y convexo.

Si dibujan un círculo, han creado un nuevo conflicto, ya que han creado otro par de opuestos conocidos como adentro y afuera.

Cualquier línea imaginaria, cualquier frontera trazada en un mundo que realmente no las tiene y donde lo importante son las relaciones, crea un conflicto y todo conflicto es sufrimiento.

Vivir sin conflicto es el objetivo anhelado de la humanidad y eso no va a acontecer hasta que no paremos de crear divisiones o de creernos que las divisiones que inventamos con fines prácticos o por nuestras antojadizas preferencias, son reales.

Decimos categóricamente que las flores son hermosas, que adornan amorosamente nuestras casas, que perfuman, que son fuente de inspiración de poetas, pintores, músicos y enamorados en todas partes del mundo.

Decimos, de igual forma categórica, que la basura es odiosa, que es repugnante, que trae moscas y otros insectos, que trae ratas, que tiene olores desagradables, que genera enfermedades y queremos deshacernos de ella lo antes posible.

Sin embargo, si esperamos lo suficiente, las flores del jarrón que hasta hace unos días adornaban con belleza la mesa de nuestro comedor, se habrán transformado en basura maloliente.

Si por otro lado, alguno de ustedes pudiese visitar el campo de mi hijo, verían unos montones de basura que él llama “compost”, con el que abona las flores y las verduras que allí crecen y que luego llevamos a nuestra mesa.

Claramente, la basura es, porque las flores son y las flores son, porque la basura es; la línea divisoria es artificial.

Al decir de Tich Nhat Hanh, las flores y la basura, *interson*, no viven, con-viven.

Vida y muerte no son dos cosas separadas, no vivimos hasta que morimos, vivimos y morimos al mismo tiempo y una no existiría sin la otra.

INTERSER

ATENDER
EL PROBLEMA
EN SUS ORÍGENES
LÍNEAS
DIVISORIAS

PRACTICAR UN
EGOÍSMO ILUMINADO

61

PARA OTROS A
DESPERTAR Y
RESECUENTAR

BICARSE

REDEFINIR QUIÉN SOY YO
Y QUIÉN ES EL OTRO

Todos estamos viviendo y muriendo a cada instante y todo es de la misma naturaleza, todo vive y muere a cada instante para que la vida pueda ser.

Marcar un momento de muerte es un absurdo, como lo es marcar uno de nacimiento.

Nada nace (se crea de la nada), nada muere (deja de existir), sólo sufre transformaciones.

Nuevamente, la línea divisoria es inventada, vida y muerte *interson*.

Terroristas y antiterroristas no son, *interson*. Si alguien opina que unos son flores y otros son basura, corre por su cuenta la distinción, pero lo que es seguro es que está creando una falsa división donde no la hay.

La abuela de mi esposa a quien todos conocían como Doña Fema, acostumbraba a decirles a sus nietas mujeres:

“Las prostitutas tienen su por qué y para qué. Son las mujeres con las que los hombres pueden hacer las cosas que con sus señoras decentes no pueden”.

Si Doña Eufemia tenía razón, las señoras decentes y las prostitutas, también *interson*.

Los miles de niños hambreados del mundo son, porque gente como yo, guarda más de lo que necesita.

Los jóvenes delincuentes que rapiñan en las calles de la ciudad donde vivo son, porque el sistema político, económico, educacional y social que hemos creado a nivel nacional y mundial, también es.

No están ahí por obra del azar y su problema no se arregla porque una cantidad de panzones bien trajeados que no entendemos nada, que no sabemos nada de ellos ni de sus vidas, que no los comprendemos y, en especial, que no encaramos el problema sistémicamente, nos reunamos en algún lugar del Caribe patrocinados por algún banco internacional y elaboremos un manifiesto de altisonantes recomendaciones.

Son producto de esos sistemas que hemos creado.

No son, *intersomos*, y por eso el problema no se soluciona proponiendo recetas simplistas tales como “habría que matarlos a todos”, “ya están perdidos”, “son irrecuperables”, “la culpa es de los padres”, o “habría que encerrarlos antes”.

Decir que no sabemos de dónde salen las prostitutas que vemos en las calles o los delincuentes que asolan las ciudades del mundo, más que ceguera, es no querer ver.

En fin, visitamos como turistas monumentales fronteras como la Gran Muralla China y nos admiramos de la proeza de su construcción; derribamos algunos muros que separaron deshumanizadamente a familias durante años como el muro de Berlín, pero seguimos levantado nuevas murallas entre naciones y hasta para cercar barrios de una ciudad.

Cuando llevamos adelante este tipo de ideas, es claro que en lugar de sentirnos seguros, lo que vamos a sentir es miedo y que nos vamos a enfrentar a una cadena interminable de nuevas inversiones para lograr un objetivo inalcanzable.

Piensen en las fronteras de los países amenazados por el terrorismo y comprueben ambas cosas: una vida en el miedo constante y el infinito camino de una inalcanzable seguridad.

Esto es en realidad el efecto de un viejo paradigma que nos ha llevado a donde nos ha llevado.

Es claro que dividir y analizar nos ha traído enormes avances tecnológicos con los que hemos llegado a pisar la luna y a explorar más allá de los confines de nuestro sistema solar.

Al mismo tiempo, y utilizando esas mismas habilidades e instrumentos, venimos desde los comienzos de la historia matándonos unos a otros en interminables guerras y quizás, según muchos expertos, nos estemos acercando a la posibilidad de extinguir la vida en el planeta.

Podemos dudar de si eso es cierto o no, pero de lo que no podemos dudar es que aún no hemos podido erradicar el hambre, la desigualdad y la injusticia en el mundo, ni somos un miligramo más felices que cuando nos iluminaba un fuego en las cavernas.

Apesar de nuestro impresionante desarrollo tecnológico y de las maravillas que su aplicación nos ha permitido crear, en el aspecto psicológico y espiritual, seguimos intactos.

Junto a ese desarrollo, hemos multiplicado también los problemas y nunca hemos podido solucionar los más graves, las guerras. Allí aplicamos absurdamente, para sufrir a mares, enorme cantidad de los recursos tecnológicos que hemos creado pensando en liberarnos del sufrimiento.

No tener una visión global, holística, completa y pretender resolver los problemas del mundo desde la visión fragmentaria de nuestra cultura, religión, partido político o lo que sea, es y será siempre infructuoso.

“El hombre recto se atiene a la totalidad y no conserva la parte.

Vive en el Ser, no en la ilusión.

Abandona ésta y se atiene a aquél”.

Tao Te King

Vivimos en un mundo de palabras

“En el principio ya existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho”.

Juan 1, 1.

Nos ponen al nacer un nombre, que no es más que un conjunto de sonidos y garabatos que hemos inventado y a partir de ahí, y mediante una educación que promueve el individualismo, nos separamos del resto de la humanidad, incluidos nuestros padres y hermanos, los que por supuesto tienen otros sonidos y garabatos diferentes con los que se identifican.

Yo pienso que el pecado no está en que cuando me pregunten quién soy, responda que me llamo Julio Decaro, que soy uruguayo, que mi cédula de identidad es tal, que tengo x años o que soy casado.

No le estoy sugiriendo tampoco que la próxima vez que le pregunten quién es, usted responda que es parte de la vida una.

Sólo digo que una cosa es usar algo porque es práctico y otra es creer que es verdadero.

Lo primero es necesario, lo segundo es pecado.

Vivimos en un mundo de palabras y creemos que la palabra con la que nominamos algo es real, es la cosa que representa, o que la cosa que representa, adquiere vida e independencia por el solo hecho de nominarla.

Por otro lado, decimos yo, mi, mío, para mí, mi club, mi auto, mi casa, mi escuela, mi país, mi, mi, mi y creemos que las cosas, las personas, los animales y la tierra, nos pertenecen.

En una ilusión descabellada nos identificamos con ellas, peleamos y nos matamos por conservarlas, cuando si hay una cosa cierta y segura en esta vida es que, de una forma u otra, las vamos a perder. Sólo las tenemos en préstamo.

Si peleamos entre padres e hijos es porque, por el engaño de la separación, no somos capaces de reconocer que somos simplemente continuaciones y que, aunque no somos absolutamente iguales, tampoco somos diferentes.

No estoy en desacuerdo con que a fines prácticos usemos un nombre y tengamos una nacionalidad, aunque esto último ya me cuesta más admitirlo como algo práctico.

Con lo que estoy en profundo desacuerdo, es que eso sea motivo de separación, porque de esta irrealidad, surge el conflicto.

El conflicto surge de las líneas divisorias y de la identificación con una de las partes en que la línea divide lo que antes era un todo, cualquiera sean los nombres de las partes creadas.

Como ninguna de las divisiones que creamos realmente existe, hacemos el esfuerzo de materializarlas con mapas, alambradas de púas, muros, puestos fronterizos, banderas, emblemas, himnos y, por si fuera poco, ejércitos para protegerlas.

Separarnos del resto hace ver el mundo atemorizante y nos hace poner a la defensiva.

Defenderse y agredir son parte del mismo proceso, son uno, *interson*.

Toda protección implica miedo y potencialmente su opuesto, la agresión.

Cada vez nos aislamos más, y más temor sentimos.

De esta manera, todos vivimos en el miedo.

Los opuestos y el conflicto

Parece que aún no nos hemos dado cuenta que creando fronteras creamos opuestos y crear opuestos es crear potenciales conflictos.

Cada frontera es un potencial frente de batalla.

Cuanto más firme, duras y groseras sean las fronteras, más duras serán las batallas.

Fundamentalistas, fanáticos, patriotas, hinchas, devotos de, miembros, o como nos llamemos los integrantes de los bandos, somos los responsables de los conflictos por crear y creer en las divisiones, independientemente que unos y otros nos califiquemos luego a nosotros mismos como los buenos y a los otros, como los malos.

Uno de los modos con los que hemos pretendido resolver los conflictos generados por las divisiones inventadas, ha sido intentar que una de esas partes reconozca que está equivocada, que es injusta o decididamente maligna, o en caso contrario, recurrimos a la violencia para intentar que desaparezca, o al menos dominarla.

Tomamos las fronteras que inventamos como reales y la forma en que intentamos resolver el conflicto generado como consecuencia, es eliminando uno de los opuestos.

Queremos una moneda de una sola cara, luz sin sombra, días sin noches, el bien sin el mal.

Queremos una sola de las polaridades que nosotros hemos creado; queremos imposibles.

En otro escalón menos absurdo están los métodos de resolución de disputas, que buscan caminos alternativos basados en la satisfacción de los intereses de las partes (sean 2, 3, ó 10), pero reconociendo, implícita y explícitamente, la existencia de las mismas.

La razón del fracaso de unos y otros está en no percibir que el problema es la línea divisoria imaginaria que les dio origen y sin la cual, las partes en pugna no existirían.

Mientras existan divisiones y creamos que son reales, caeremos una y otra vez en el conflicto.

El verdadero pecado no es haber creado divisiones y fronteras, es creer que son reales y actuar en consecuencia.

Formar parte de una determinada nación, un determinado grupo, un partido, una secta o una banda, nos da una falsa sensación de seguridad que nos falta en nuestro interior y que buscamos desesperadamente afuera, armando patotas.

Paradójicamente, el incluirnos en un grupo nos separa del resto del universo al que comenzamos a percibir amenazante, o a descalificar y despreciar.

No importa el tipo de grupo del que se trate porque, como decía el Sacerdote Jesuita Anthony De Mello, “el patriotismo es una enfermedad tan perniciosa como el racismo”.

La separación imaginaria, genera miedo psicológico (subjetivo) y el miedo genera ideas y comportamientos defensivos y agresivos (objetivos), que luego se retroalimentan y escalan.

La separación genera comparación y competencia y éstas, engendran celos y envidia que conducen al mismo resultado común y que tienen el mismo cimiento, el miedo.

No importa el nivel al que nos refiramos, sea este individual, familiar, comunitario, organizacional o internacional, comparación, competencia, celos, envidia, rencor, resentimiento, revanchismo, es lo que nos mueve al conflicto.

La sociedad no es algo ajeno que “alguien” tiene que arreglar y mucho menos, los gobernantes.

El mundo es el reflejo de lo que somos en nuestro interior y la sociedad somos nosotros mismos en nuestras interrelaciones con los demás.

El caos y la locura de la sociedad es la proyección de nuestro caos y locura interior, que luego nos retroalimenta en un círculo vicioso interminable.

Por eso, no tendremos paz en nuestros corazones, cualquiera sea el método para resolver conflictos que apliquemos, mientras la emoción que nos domine sea el miedo y no dejaremos de sentir miedo, mientras nos sintamos y vivamos artificialmente separados.

Esta es la raíz de los conflictos.

Por eso, cuando alguien dice que hemos tratado de todo para alcanzar la paz en el mundo y que definitivamente no lo hemos logrado, lo que seguramente está diciendo es que todo lo que hemos intentado tiene, por debajo de la aparente diversidad, un denominador común equivocado.

En estos casos, el denominador común es dar por sentado que las partes existen.

Si hemos de lograr la paz entre los humanos, no será haciendo más de lo mismo que no ha dado resultado, sino algo cuya dirección apunte 180° opuesta a la dirección de las soluciones intentadas hasta el momento, es decir, la clave es idear formas de eliminar las líneas divisorias.

En lo que debemos hacer énfasis, es en despertar del sueño que hemos creado, no en encontrar nuevos y mejores escondites para evitar al monstruo.

Debemos ayudar a los líderes en todos los niveles a despertar, porque mientras existan naciones, organizaciones religiosas, partidos políticos, o facciones que nos separen, es decir, mientras discriminemos de cualquier manera armando grupos y grupúsculos, dentro de los cuales crearemos falsamente estar seguros o beneficiarnos de algún modo, en el fondo siempre temeremos y, por ende, jamás estaremos en paz.

Mientras no encontremos la interrelación e interdependencia que existe entre las conductas de los que nos autocalificamos “los buenos” y la de los que llamamos “los malos” (léase por ejemplo, demócratas y totalitarios, terroristas y antiterroristas, o eje del bien y del mal), no seremos capaces de percibir que somos uno, que todo es uno y por tanto, no encontraremos soluciones duraderas y reales a nuestros conflictos.

Vamos a parar de matarnos, explotarnos, engañarnos y traicionarnos cuando nos demos cuenta que hacerlo, es como darnos un tiro en un pie.

Reconocerlo sería sabiduría.

Un líder que pretenda un nuevo mundo, tiene que poder tratar los temas que le atañen, no desde la perspectiva cristiana, o judía o musulmana, no desde el punto de vista del partido tal o cual, no desde la estrecha prisión de su cultura, su raza o del pequeño fragmento del mundo donde fue criado, educado y por tanto condicionado, sino desde la comprensión de la totalidad de la vida.

Una mente que ha sido limitada por dogmas y formas estrechas de ver y pensar, se vuelve mediocre y condicionada a ocuparse tan sólo de sus propios intereses, problemas y preocupaciones, o los de los suyos.

Una mente fragmentada nunca es libre; se pierde la belleza de la maravillosa sinfonía de la creación que no se puede apreciar prestando atención al sonido de un solo instrumento, sino

atendiendo a la interrelación y viviendo en comunión con “toda” la naturaleza.

Hay quienes dicen que es difícil que se pueda vivir en este mundo sin esta perspectiva auto-centrada y defendiendo lo mío por encima de todo (sea lo mío un país o mi auto) pero, ¿cómo podemos asegurarlo, si nunca lo hemos intentado?

El problema más importante que encaramos a nivel mundial, cualquiera sea nuestra nacionalidad, raza o religión, es liberarnos de la “mentalidad de chacra” que tenemos, que sólo existe en nuestra propia mente.

Es simple, tan simple, que asusta: separación, fragmentación, líneas divisorias, son sinónimo de conflicto.

Esto es un hecho; no hay nada que discutir.

Sin un cambio radical en nuestra mentalidad fragmentaria, no hay método ni sistema que nos libere de nuestros dramas, ni habrá ninguna revolución posible que nos lleve a la paz.

Por eso, el comienzo del fin del drama de la fragmentación, es percibirla.

Ver, es necesario para comprender y comprender, es esencial para cambiar.

La clave no es entender, es darse cuenta, porque de esa observación vendrá la transformación.

Todo lo que tenemos que hacer es verlo, darnos cuenta que tenemos una mente condicionada para percibir fragmentariamente el mundo y que es ella la responsable de nuestra insensibilidad y nuestras desgracias.

Sólo así será posible una transformación, porque sólo viendo los hechos, la realidad tal cual es, la unidad de todo lo que existe, dejaremos de tener opiniones que nos dividen sobre hechos que son incontrovertibles.

Ahora bien, si en este proceso de darse cuenta, comenzamos por observarnos nosotros mismos, nos enfrentaremos a la primera y quizás la más importante de esas líneas divisorias o fronteras, la de mi persona, y la tarea aquí será:

Redefinir quién soy yo y quién es el otro (o nosotros y los otros)

En las primeras presentaciones públicas de estas ideas, incluía en este lugar un espacio donde dialogaba con los asistentes sobre la pregunta: ¿quién soy yo?

Como era de prever, tuve algunas dificultades.

Mientras que yo esperaba que me contestaran simplemente con su nombre, su género, profesión o algo por el estilo, recibía respuestas del tipo “soy una disposición particular de ADN” y similares.

Por tal motivo, decidí cambiar la estrategia y actualmente comienzo haciendo una reflexión acerca de las abejas, que me permite introducir un concepto que aprendí del maestro Thich Naht Hanh.

Una abeja, algo que parece un ser independiente, literalmente no puede vivir sin la colmena; muere si no está conectada al resto de sus congéneres, de forma que, por más que no lo parezca, el verdadero ser no es la abeja, es la colmena.

Aclarado este punto y aclarando que afirmar esto implica hacer una importante abstracción, porque la colmena tampoco puede vivir sin las flores, el agua, las nubes, el sol, etc., les muestro a los asistentes una foto mía actual.

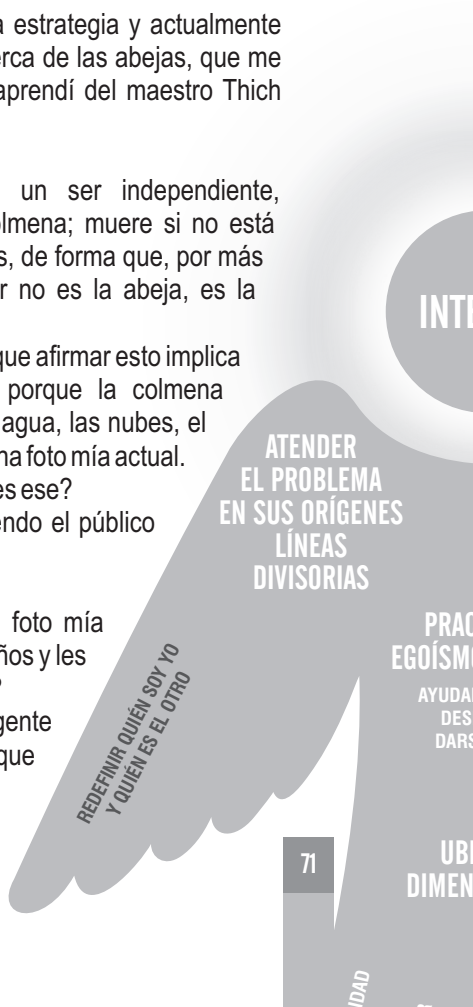
Pregunto a continuación, ¿quién es ese?

Un poco desconcertado y sonriendo el público contesta que soy yo.

Ese soy yo, confirmo.

A continuación les muestro una foto mía que tiene aproximadamente 30 ó 40 años y les pregunto nuevamente: ¿quién es ese?

Como mantengo mi parecido, la gente responde más o menos rápidamente que ese también soy yo.



Yo les confirmo que soy yo, pero que claramente no soy igual a éste que está presente.

Les afirmo: “ese soy yo, no soy totalmente igual, pero tampoco soy totalmente diferente”.

Luego presento una foto de cuando tenía unos 10 años y luego otra de cuando era un bebe, y repito el procedimiento.

En todos los casos afirmo: “ese soy yo, no soy igual, pero no soy tampoco totalmente diferente”.

Luego viene un paso sustantivo en la presentación.

Muestro una foto de mis padres y en lugar de preguntarles, afirmo: “esos también soy yo”.

Allí yo ya era, sólo faltaban algunas condiciones para que me manifestara; ellos no son iguales a mí, pero tampoco totalmente diferentes.

Muestro luego a mis abuelos y a mis bisabuelos y sigo igual procedimiento: “no son iguales a mí, pero tampoco totalmente diferentes”.

Usualmente decimos que los padres les transmitimos nuestros genes a nuestros hijos, al igual que nuestros rasgos de carácter, etc.

Sin embargo, cuando un ser humano es concebido, no existe ningún receptor de algo que se transmita, un saco vacío donde volcar lo transmitido.

No existe tal proceso de transmisión de un ser a otro; alguien que transmite algo, algo que sea transmitido, y tampoco un receptor de ese algo.

Los padres nos transmitimos a nosotros mismos y el fruto de ese proceso, nuestros hijos, somos nosotros: nuestros hijos no son iguales a nosotros, pero tampoco totalmente diferentes, son nuestras continuaciones.

A partir de allí, muestro fotos de mis hijos, de sus casamientos y luego, de todos mis nietos (en total cinco hasta el momento), reiterando con cada una de las fotografías que ese que aparece en la pantalla soy yo, que “no soy exactamente igual

pero que no soy totalmente diferente”, (aun cuando uno de mis hijos y dos de mis nietos son mujeres).

Finalmente retomo el paralelismo con la abeja y su colmena diciendo: “si la abeja no es el verdadero ser sino la colmena, éste no soy yo (mostrando mi foto actual), yo soy éste (mostrando un collage donde aparecen las fotos de toda mi familia, desde mis ancestros hasta la última de mis sucesores).

Mi familia es como la colmena o el mundo, es un ser vivo, un ser animado con una sustancia única y un alma única, como decía Marco Aurelio.

O si lo prefieren, el mundo es un conjunto de seres vivientes interrelacionados e interdependientes, unos continuaciones de los otros, generados por sucesivas transformaciones.

Mientras unos han dejado de manifestarse, otros comienzan a hacerlo, en una interminable cadena de vida.

La humanidad entera es igual; igual que la colmena, igual que mi familia, un único macro-ser que se transforma, aunque lo corriente es que creamos que aun nuestros propios hijos y padres, son otros, los otros, el otro.

Ni hablar de lo que pensamos de aquellos que han nacido en otra casa, en otro barrio, en otro país, que hablan otro idioma, o que son de otra raza, o profesan otra religión.

Cuando alguien dice: “Amarás a Dios por encima de todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”, aunque algo encriptado, está siendo literal.

Amarás al Todo al que perteneces, (al Unus Mundus, al Padre, al Principio de la vida, al Creador de todas las cosas) del que formas parte indisoluble, por encima de todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo, porque el prójimo eres tú mismo (no eres exactamente igual, pero no eres totalmente diferente).

No existe tal cosa como yo y el otro, nosotros y los otros.

Liderar para un nuevo mundo significa: **Ubicarse, dimensionarse**

Quien tenga clara en su mente, pero sobre todo viva, la idea de la interrelación de todas las cosas y mida o compare la extensión de su vida, la magnitud de su poder o la importancia de sus problemas o sus logros con el resto del universo, con la vida infinita de la que forma parte, lo reflejará en lo profundo de su alma, en sus comportamientos, en las habilidades que desarrolle, en sus valores y en su identidad.

Ubicarse y dimensionarse correctamente nos conduce a:

Asumir la responsabilidad

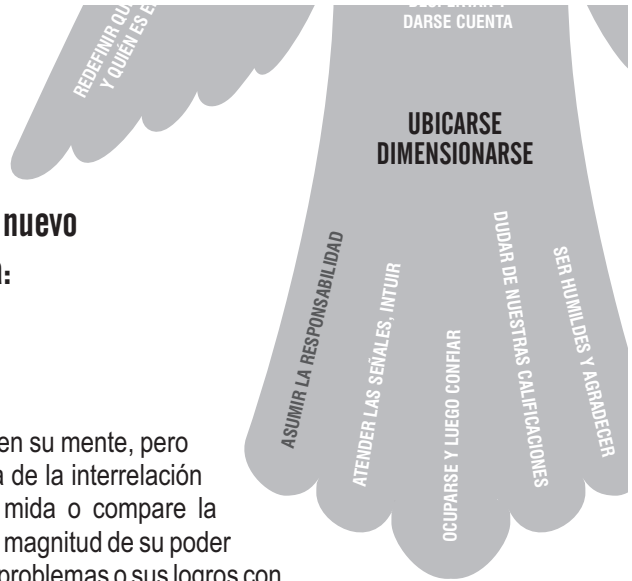
Cuando conversamos con colegas y amigos sobre los temas tratados en este libro, uno de los comentarios frecuentes que recibo es: “he pasado de creermelo en control total de mi vida, de sentir que tenía el poder para hacer que cualquier cosa sucediese, a sentir que no controlo nada y que no tengo poder sobre nada”.

Seguramente, ninguna de esas impresiones es cierta, o ambas lo son.

Nuevamente, son conceptos.

Lo real es que ni tenemos el absoluto control de nada, ni carecemos totalmente de poder y, por ende, de la responsabilidad que nos corresponde.

La sutil naturaleza sistémica de la estructura de la que somos parte, hace que todos tengamos la potencialidad de modificarla.



Debido a las infinitas interconexiones de la red a la que pertenecemos, cualquiera de nosotros podría, eventualmente, provocar cambios hasta en el más recóndito lugar del universo.

Sin embargo, si no percibimos la interconexión, no nos damos cuenta de esa posibilidad.

En un comercial que vi hace años, se expresa de manera exacta y graciosa, esta realidad.

Un niño que visita un supermercado con su madre, extrae una lata de un alimento envasado de una de esas clásicas y enormes pilas promocionales.

A punto de partida de ese hecho y bajo la mirada asombrada del niño que sostiene aún la lata en su mano, se sucede una secuencia encadenada de calamidades que dejan prácticamente derruido el supermercado.

Integrando un sistema donde todo está interconectado, todos tenemos la posibilidad de liderar y provocar cambios radicales, cualquiera sea el lugar que ocupemos o el poder que supongamos tener.

Por más insignificante que parezca nuestra posición, por más minúsculos que parezcan nuestros recursos, si sabemos cuál es la lata que debemos sacar, podemos cambiar el mundo.

“El batir de las alas de una mariposa en una parte del mundo puede provocar un tornado en el extremo opuesto”.

Una de las historias más geniales del novelista de ficción Ray Bradbury que lleva el título de “El ruido de un trueno”, ejemplifica a la perfección este concepto.

Transcurre el año 2055 y una agencia llamada Safari en el tiempo S.A. promete llevar a sus clientes de viaje al pasado para que puedan cazar animales prehistóricos.

El día anterior al comienzo del viaje en cuestión, Keith, un demócrata, acababa de ganar las elecciones presidenciales, superando a Deutscher, un supuesto dictador.

Al comenzar el viaje, los cazadores son advertidos de que deben ser muy cuidadosos de no tocar nada y dejar todo como lo

encontraron, ya que el cambio más insignificante, por el efecto del viaje en el tiempo, puede provocar importantes modificaciones en el futuro.

Solo se pueden cazar aquellos animales que la agencia sabe que están a punto de morir.

El sendero por el que caminan cazadores y guías, está construido de un material antigravitatorio y se mantiene flotando a diez centímetros del suelo.

Nada puede ser tomado como recuerdo ni como trofeo de caza.

Sólo fotos del cazador junto a su presa.

Un tal Eckels, el protagonista de la historia, al ver un tiranosaurio se asusta y decide marcharse.

Uno de los guías, al tiempo que trata de matar al dinosaurio, le dice a Eckels que regrese y se oculte en la máquina del tiempo.

Eckels equivoca el camino y, por accidente, se sale del sendero.

Los guías logran matar al dinosaurio y regresan a la máquina del tiempo.

Al ver que las botas de Eckels están sucias de barro, uno de ellos se pone furioso al comprender que se salió del sendero.

Amenaza primero con abandonarlo y luego, durante el viaje de regreso, con matarlo, si lo ocurrido ha provocado cambios en el presente.

Llegados al presente, Eckels comienza a percibir cambios sutiles.

La gente y las construcciones son diferentes, la ortografía es diferente y, para colmo de males, el supuesto dictador ha ganado las elecciones.

Entonces mira sus botas y encuentra una mariposa aplastada, al parecer la responsable de los cambios, por lo que le pide al guía que lo lleve nuevamente al pasado.

Cuenta Bradbury que el guía se niega, que dispara su rifle, pero dejando el final abierto, nunca relata a qué o quién le dispara.

Igual fundamento tiene el pasaje de la película protagonizada por Brad Pitt a la que he hecho referencia anteriormente porque

aquel accidente desastroso para la vida de su amada, fue provocado por pequeños, intrascendentes e insignificantes incidentes que, por efecto mariposa, terminan de manera brutal con la carrera profesional de una bailarina.

El mono número 100.

En la isla Koshima, al Oeste del archipiélago japonés, se llevó a cabo en el año 1956 un experimento que desembocó en un hallazgo notable.

Varios investigadores estaban estudiando el comportamiento social de un tipo de mono conocido como mono de nieve, cuyo nombre científico es *Macaco Fuscata*.

Una monita de 18 meses que bautizaron Imo, comenzó a tener un comportamiento singular.

Comenzó a lavar los alimentos que se le daban, con agua salada, en la playa cercana.

Poco tiempo después fue seguida por sus compañeros de juego y, al cabo de un tiempo, por todo el grupo estudiado.

Lo notable fue que, poco tiempo después, monos pertenecientes a la especie pero que vivían en otras islas distantes y sin contacto con Imo o con su grupo, comenzaron a tener el mismo comportamiento.

Este aparentemente mágico “contagio” se conoce desde entonces como “el mono número cien”.

El punto es que llegado a un determinado número de individuos, una idea o un comportamiento compartido por aquellos, puede contagiarse al resto de los individuos del grupo o especie, aun sin una vía aparente de conexión.

Nunca sabemos a quién de nosotros y en qué situación le tocará ser el mono número cien o, dicho de otro modo, el próximo Mesías.

Ahora bien, así como debemos asumir que aun en la situación de aparente total debilidad tenemos poder, debemos asumir al mismo tiempo que en toda circunstancia tenemos nuestra cuota de responsabilidad.

En un mundo interconectado, interrelacionado e interdependiente, nada nos es ajeno.

No se trata de que seamos responsables por los que consideramos “los nuestros”, los más allegados, nuestra familia, nuestros amigos, nuestros conciudadanos.

Somos todos responsables por lo que le pasa a nuestra especie y a cada uno de sus individuos, así viva en el más recóndito lugar de este planeta.

Más aún, somos responsables por todos los seres vivos del planeta, y todos los seres de este planeta están vivos.

Por las mismas razones, nuestras pequeñas decisiones importan.

Aunque no nos vea nadie, no nos conviene, no es inteligente cuidar la higiene en nuestra casa y tirar basura por la ventanilla del auto.

“Nadie puede hacer el bien en un espacio de su vida, mientras hace daño en otro. La vida es un todo indivisible”.

Ghandi

En realidad, nos veamos o no, todos somos testigos de lo que cada uno de nosotros hace.

La expresión “Dios es omnipresente”, no significa que un gigante antropomórfico lo mira todo con sus ojos desde el cielo sino que, debido a que todo está interconectado con todo lo demás, El Todo (Dios), siempre está “enterado” de todo lo que pasa.

Siempre habrá un efecto de todo lo que hacemos, decimos y pensamos.

Por esa razón, quien comprende la interrelación y vive de acuerdo a esa comprensión, hace su tarea como si Dios fuese su supervisor y estuviese examinando lo que hace.

De ahí que Pablo le recomiende:

“Cualquier trabajo de ustedes, háganlo de todo corazón, como si fuese para el Señor y no para los hombres.”

Colonenses 3:23

Por eso, a cualquier líder que comprenda esto profundamente no se le ocurriría jamás pretender quitarse los desechos nucleares de su país tirándolos en el océano o pagándole a un país pobre para enterrarlo en un suelo que, ciegamente, cree que no es el suyo.

Claramente es como si el hígado enfermo quisiese liberarse de sus males, pasándoselos al corazón.

No tenemos forma de evitar la ley del Karma (causa - efecto) y por tanto, recogeremos lo que sembramos.

Pensar de esta nueva manera lleva a conductas y comportamientos ecologistas sin que Green Peace o ninguna otra organización nos tenga que enseñar nada.

He dejado de matar gusanos o arañas tan sólo por que se cruzan en mi camino.

Me he transformado en alguien más cuidadoso en los temas de la preservación de la energía.

No pongo a calentar en la caldera más agua que la que necesito para el termo.

Cierro la canilla cuando me cepillo los dientes, apago la luz al salir de una habitación así me encuentre en un hotel de otro país, donde habitualmente pido, aunque con poco éxito, que no me cambien las toallas a diario.

Regulé las cisternas de los baños de mi casa para que descarguen menos cantidad de agua cuando las uso y cierro la ducha mientras me enjabono.

He transformado en un juego intentar secarme las manos en los baños públicos con una sola hoja de papel, aunque los fabricantes hayan diseñado los dispensadores para que utilice varias.

El mismo juego tengo con los dispensadores de servilletas de papel en bares y pizzerías.

Vigilo con cuidado la cantidad de pasta de dientes que pongo en el cepillo porque ya no me causa gracia eso de que las empresas fabricantes se jacten de que agrandando el orificio del pomo, la gente gasta más y ellos ganan a rabiar.

No me parece una táctica digna de un gerente inteligente; astuto sí, inteligente, no.

Levanto botellas de plástico y baterías usadas que veo en la calle para ponerlas en los vertederos correspondientes.

Aunque mucha gente intenta convencerme de la inutilidad de mis acciones, hago todo lo que esté a mi alcance por más minúsculo que parezca, porque me he dado cuenta que nunca sé hasta dónde puede llegar el efecto de mis acciones.

A un par de cuadras de mi casa, Daniel, un hombre gentil y de unos cincuenta y tantos años, tiene un pequeño negocio en plena calle donde, entre otras cosas, cambia pilas de relojes electrónicos.

Un buen día se me ocurrió preguntarle que hacía con las pilas viejas.

—Las tiro ahí —me dijo, señalando el recipiente de basura de la parada del ómnibus cercana a su mesa de trabajo.

—Esas pilas son altamente contaminantes —le dije, contaminan mucho más y por más tiempo que las pilas comunes.

—No lo sabía pero... Y qué le voy a hacer —me contestó.

Ese día acordamos que él me pondría todas las pilas de la semana en una bolsita y yo las recogería para tirarlas en un vertedero especial de la municipalidad por el que paso casi a diario.

Así lo hicimos durante varias semanas.

Un buen día Daniel me dijo que no era necesario que siguiera recogiendo las pilas porque había encontrado un vertedero cercano a su casa y que él se ocuparía de hacerlo a partir de ese día.

—Fantástico —le contesté.

Poco tiempo después me dijo:

—Dr., usted que tiene una oficina, ¿no me haría un cartel para poner en mi mesa de trabajo que diga: Deposite sus pilas usadas aquí?

Pensando en que uno nunca sabe a dónde pueden llegar los efectos de nuestras acciones por minúsculas que parezcan y recordando al niño y la lata del comercial, no sólo se lo hice, sino que se lo plastifiqué.

Ahora estoy tratando de lograr que mi amigo Roberto, que vende los mejores inciensos de la feria que funciona los días sábado frente a mi casa, recicle las bolsitas de celofán que utiliza para empaquetar las varillas.

Todavía no lo he logrado, pero sigo insistiendo.

Mis amigos me dicen que con lo que hago no me voy a ganar un premio Nobel.

Seguro que es así, pero duermo un poco más tranquilo; además, uno nunca sabe, mire si un día les doy una sorpresa.

Cuando alguien descalifica los resultados que puedo obtener de esas pequeñas acciones le respondo:

“De que tú y yo nos portemos como Dios quiere, no lo olvides, dependen muchas cosas grandes”.

Camino: 755

Atender las señales, intuir (prestar atención a lo insólito, las coincidencias y las sincronicidades)

Atender las señales.

Quien entiende que todo está interconectado, es interdependiente, multicausado e interpenetrado, se volverá cada día más



propenso a salir del mundo de sus pensamientos y razonamientos y atender e interpretar las señales del universo del que forma parte.

¿Qué señales?

En realidad, todo lo real es una señal, lo cotidiano está lleno de signos, de mensajes.

La palabra sacramento, dice el diccionario, viene de sagrado y se refiere a un signo o una señal de efecto interior.

Todos vivimos entre sacramentos, pero muy pocos lo saben y, por tanto, muy pocos lo aprovechan, explica el ex sacerdote Leonardo Boff.

Un líder para un nuevo mundo necesita desarrollar una visión y pensamiento sacramental para que las cosas de este mundo se vuelvan transparentes, de forma que le permitan recibir el mensaje trascendente que esconden.

Cualquier cosa puede ser irrelevante a los ojos del mundo o carente aparentemente de valor, pero para alguien con visión profunda, puede adquirir una dimensión inestimable.

“Todo es sacramento o puede volverse sacramento, depende del hombre y de su forma de ver”.

Leonardo Boff

¿Qué lo hace así? La visión interior que la transforma en señales.

Ese proceso abre su mente a una dimensión nueva, que le permite detectar el mensaje secreto encriptado en todo el mundo material y, por ende, hacer uso de él como input para su tarea.

Si somos capaces de “hominizarlas” y humanizar nuestra relación con ellas, las cosas, además de cosas, se vuelven un sistema de señales, evocan otra realidad.

Luego de sobrevivir un feroz temporal en El Charrúa, su velero de 8 metros de eslora, dice Eduardo Rejduch De La

Mancha, el primer uruguayo en atravesar el Atlántico en solitario:

“El temporal duró dos días y medio, en los cuales apenas salía, pero estando dentro comencé a escuchar las palpitaciones del Charrúa y sentir lo que él sentía. Se creaba una relación íntima nacida con la tormenta, una relación originada en los límites de la vida, que a veces se tocan: se lucha juntos, se comparten miedos y esperanzas [...] Y de esta forma, mi velero y yo establecimos una alianza sagrada y para siempre.

Con el tiempo aprendería a descifrar todas las señales que él me mandaba a través de sus movimientos: la tensión de las jarcias, el flamear de las velas y el lenguaje del agua contra el casco. Más adelante sabría, estando dentro del barco y aun durmiendo, los cambios de la dirección del viento, en su fuerza, los desvíos de los rumbos en la brújula. En cierta ocasión, y fue hermoso experimentarlo, sentí que me llamaba y al salir me encontré en el horizonte un barco mercante que venía hacia nosotros con rumbo de colisión.”

Más claro, imposible.

Intuir.

La intuición es un recurso natural invaluable, con el que muchos, a fuerza del desuso, han perdido contacto.

Se trata de un poder que reside dentro de cada uno de nosotros que nos permite acceder y religarnos a la profunda sabiduría universal creadora de la que somos parte.

Todos tenemos este recurso en potencia, nacemos con él, pero algunos se ocupan de desarrollarlo y otros, por el contrario, al negarlo u olvidarlo, lo desaprovechan.

Es una energía, una herramienta que nos ayuda a encarar las decisiones y la vida más exitosamente, que nos advierte, que puede señalarnos direcciones a tomar o el mejor camino a seguir en una encrucijada.

Muchos de los líderes más exitosos han mostrado ser personas muy intuitivas que han basado en ese don las decisiones que los han llevado al éxito.

Le hacen caso a su olfato, a sus corazonadas, a sus pálpitos, a sus tripas, las que frecuentemente los conectan a su creatividad.

En muchas culturas la intuición es altamente apreciada mientras que, lamentablemente, la cultura occidental moderna la desconoce casi por completo o, sin explorar debidamente, le quita validez.

Casi todos los sistemas educativos valoran y desarrollan sólo el componente racional en detrimento de la mente intuitiva, de la que no es sustituto, sino complemento.

Para que un nuevo mundo sea posible, los líderes deberán integrar y equilibrar la lógica con la intuición para que su intelecto preste atención y considere lo que la voz de su intuición les diga.

Por lo tanto, no estoy sugiriendo sustituir en todos los casos el pensamiento racional por nuestra intuición sino complementarlo, equilibrarlo, moderarlo y enriquecerlo con aquella.

Atender lo insólito, las coincidencias y las sincronicidades.

Los acontecimientos insólitos, es decir, los sucesos raros, las experiencias únicas son, a los ojos preparados, fuente de señales o puntos de partida para reflexiones profundas que pueden cambiar nuestra forma de pensar, nuestras actitudes y nuestra vida para siempre.

Hace un tiempo atrás escuché a un sacerdote hablar sobre el episodio del Evangelio de Marcos, donde se relata el encuentro de Jesucristo con el ciego Bartimeo que transcribo seguidamente.

“Después llegaron a Jericó. Más tarde, salió Jesús de la ciudad acompañado de sus discípulos y de una gran multitud. Un mendigo ciego llamado Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado junto al camino.

Al oír que el que venía era Jesús de Nazaret, se puso a gritar:

— ¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!

Muchos lo reprendían para que se callara, pero él se puso a gritar aún más:

— ¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús se detuvo y dijo:

— Llámenlo.

Así que llamaron al ciego.

— ¡Ánimo! —le dijeron—. ¡Párate hombre! Te está llamando. Él, arrojando la capa, dio un salto y se acercó a Jesús.

— ¿Qué quieres que haga por ti? —le preguntó.

— Maestro, que yo vea —respondió el ciego.

— Puedes irte —le dijo Jesús—; tu fe te ha salvado.

Al instante vio y se puso a caminar con Jesús”.

Marcos 10: 46 - 52

No sé bien por qué razón, aquel relato que ya conocía caló muy hondo en mi corazón al punto que me emocioné hasta las lágrimas al escucharlo.

Volví a casa por la noche dispuesto a releer el pasaje.

Si bien tengo varios ejemplares de la Biblia en distintos lugares de mi casa, elegí uno que, aunque está normalmente guardado en la valija de la computadora, por su tamaño y características de impresión, me resulta el más amigable.

La abrí pensando que iba a tener que buscar un rato porque recordaba que el texto estaba en el evangelio de San Marcos, pero no el capítulo y menos el versículo.

Para mi sorpresa, la abrí en la página exacta.

¡Increíble, me dije, qué fantástica coincidencia!

Pero allí no termina la cosa.

Lo que hizo que la Biblia se abriese en ese lugar fue una pequeña cartulina en la que hice imprimir, hace ya mucho tiempo, una oración al Espíritu Santo en la que precisamente el pedido, como si fuese el de un ciego, se refiere resumidamente a “ser guiado”.

Parte de esta oración dice exactamente:

“Enséñame lo que he de hacer, por dónde debo caminar y muéstrame lo que debo practicar...”

Precisamente, orientación y guía es lo que brindan las sincronicidades a los ojos que de los que quieren y piden ver.

Quien reza la oración del Espíritu Santo pide inspiraciones, señales, mociones, para tomar decisiones.

Específicamente dice: “Sé tú el único inspirador y realizador de mis decisiones”.

De una manera diferente pide, al igual que el pasaje evangélico: “Maestro, que yo vea”.

¿No le parece insólito?

Lo importante, como recomienda el Ing. Mario Berta en su libro sobre el tema, es estar atentos a los acontecimientos insólitos de la vida para, eventualmente, reflexionando con serenidad y mente abierta, darse cuenta de su real significado que frecuentemente difiere de lo que a primera vista aparenta.

La existencia humana está llena de ocurrencias insólitas: intelectuales, afectivas o activas.

¿Debemos seguir la corriente cómoda y descartarlas o, por el contrario, intentar descubrir su sentido específico mediante el esfuerzo de un pensar personal?

Lo que aquí se postula es que lo insólito tiene un sentido personal positivo, que se revela cuando la mente se abre y asume lo que adviene.

La importancia de “lo insólito” radica en que, frecuentemente, es portador de sentido o de un mensaje trascendente o espiritual.

En lo personal, lo que me he prometido, de ahora en adelante, es poner más atención. No quiero perderme los beneficios de esta fuente de información universal.

“Abre tus ojos, todo está en la naturaleza”, decía Leonardo de Vinci.

Iguales consideraciones merecen las sincronicidades (término acuñado por Carl Jung), es decir, coincidencias conectadas “significativamente” cuya ocurrencia “casual” es altamente improbable y que no están vinculadas por una relación de causa efecto, o ésta es absolutamente inconcebible.

Nos referimos a esas situaciones que todos conocemos donde lo único que se nos ocurre decir es, “esto no puede ser casualidad”.

Para hacer justicia a Jung, que desarrolló en profundidad este tema que lo apasionó por muchos años de su vida, citaré un caso de su propia observación.

*“Una joven paciente tuvo en un momento decisivo del tratamiento, un sueño durante el cual se le regalaba un escarabajo de oro. Mientras me relataba el sueño, estaba yo sentado de espaldas contra la ventana cerrada. Volviéndome advertí que un insecto había chocado contra la ventana desde fuera. Abrí la ventana y lo cacé al vuelo. Era la analogía más próxima a un escarabajo de oro que cabe encontrar en nuestras latitudes, un scarabeide *cetonia aurata*, la *cetonia* común de la rosa, que evidentemente se había sentido impulsado, en contra de sus hábitos comunes, a penetrar en una habitación oscura en ese preciso momento”.*

Dice el músico Alberto Escobar al respecto de este tema:

COINCIDIR

Soy vecino de este mundo por un rato
y hoy coincide que también tú estás aquí
coincidencias tan extrañas de la vida
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio...
y coincidir

Si navego con la mente el universo
o si quiero a mis ancestros retornar
agobiado me detengo y no imagino
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio...
y coincidir

Si en la noche me entretengo en las estrellas
y capturo la que empieza a florecer
la sostengo entre las manos...mas me alarma
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio...
y coincidir

Si la vida se sostiene por instantes
y un instante es el momento de existir
si tu vida es otro instante... no comprendo
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio...
y coincidir.

Una condición esencial.

Para poder acceder a estos mensajes, así como para ver las coincidencias y sincronicidades o para intuir, la condición básica es calmarse y hacer silencio.

Lograr silencio exterior en el complejo mundo de hoy es una empresa difícil, pero lo es más, hacer silencio interior.

La mayoría de la gente siente que es imposible estar tranquilo, en calma.

Lo corriente es estar, hasta cuando dormimos, participando de la carrera de conseguir objetivos mensurables, de llegar a tiempo para las “dead lines”, o de obtener “mejoras” económicas o materiales, que lo que al fin de cuentas nos trae es inquietud y desasosiego.

“Al ser humano moderno ya le resulta difícil estar solo; por su deseo de acrecentar su ego, le es casi imposible. Pero si alguna vez está consigo mismo en su pequeña habitación, y a punto de conocer a Dios, enciende la radio o el televisor”.

Ernesto Cardenal, Monje trapense

Sólo el silencio y la calma revelan esta otra manera diferente de aprender.

Son el camino para acceder a una fuente de información más profunda, más completa, ilimitada y sabia.

Hasta no hace mucho tiempo estuve sordo y ciego a estos recursos porque era tal mi inquietud, mi ambición, mi deseo de controlar y que todo saliera a mi antojo, era tan ensordecedor el ruido de mis pensamientos e ideas en mi cabeza y tal el bullicio en el exterior que me rodeaba, que hacía imposible captar mensaje alguno.

Hoy lo he transformado en parte de mi vida y de mi trabajo, ayudando a otros a calmarse y prestar atención, porque estoy convencido que demasiada perorata, discursos, venta de ideas y compra de votos impide a los líderes de hoy escuchar, ver, percibir con suficiente sensibilidad, los sabios y sutiles mensajes que nos rodean.

Dios nos quiere decir cosas, pero lamentablemente o por suerte, sólo le habla al alma en paz.

“Aquétate y sabe... yo soy Dios”.

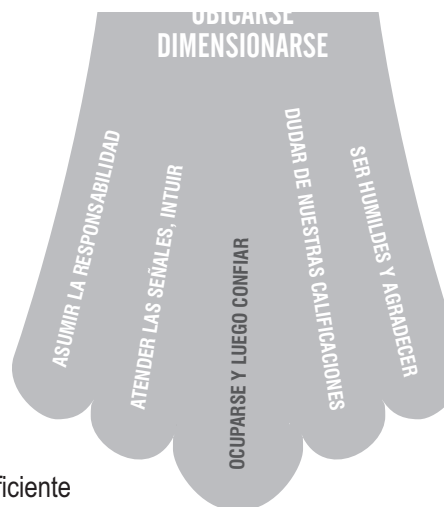
Salmo 46

Finalmente, no es imprescindible que hagamos una perfecta interpretación de las señales.

Tampoco es raro que en algunos casos, no podamos encontrarle un significado en el momento en que ocurren.

En tales circunstancias, es suficiente percibir el fenómeno y tan sólo considerarlo parte de esa misteriosa interconexión de formas y eventos que nos incluye y nos desborda.

Bastaría que nos ayudase a reflexionar sobre esta interrelación para sacarle ya un tremendo provecho.



Ocuparse y luego confiar (mantener la calma)

Si la conciencia de nuestra pequeñez y nuestra insignificancia pareciera que nos quita poder y en especial, protagonismo, basta pensar de qué equipo somos parte para sentir inmediato consuelo.

Integramos el universo infinito, somos parte de un todo inconmensurable, de algo cuya dimensión, magnificencia y finalidad supera por completo nuestra imaginación.

No estamos aquí porque nuestros padres quisieron.

Estamos porque Dios, el universo o la vida, quisieron.

Somos el resultado de una infinita concatenación de hechos, como dice Borges, que arranca desde el comienzo de los tiempos.

Siendo así, lo que nos queda es hacer lo que nos corresponde y luego, entregarnos, calmarnos, dejar de querer controlar todo, lo cual es un absurdo, un imposible.

Nadie puede controlar su vida, porque nunca nadie tuvo una.

Somos expresiones transitorias, parte de la vida, una y eterna.

He llamado a este punto en la presentación, “no es tan fácil chocar”.

Si lo pensamos bien, recordaremos muchas oportunidades en las que hemos cruzado distraídos con nuestro auto una boca-calle y cuando unos segundos más tarde despertamos, nos asombramos y nos alegramos de que no nos haya ocurrido nada.

Lo cierto es que no basta nuestra distracción.

No alcanza ese sólo elemento o condición para que se produzca un choque; el universo entero debe conspirar para ello.

La última vez que choqué, el conductor del otro vehículo me dijo que yo tenía la culpa por no haber sacado la mano o prendido el señalero para doblar.

Yo le dije que la culpa la tenía mi finada madre.

Me miró asombrado.

—Sí —le dije, si no se hubiese cansado y hubiese pujado con más ganas, no me habrían tenido que sacar con fórceps y hubiese nacido unos minutos antes.

—¿Y?

—Y..., que entonces hubiese pasado por aquí hace rato, mucho antes que usted llegara.

Como en la película “El extraño caso del Sr. Benjamin Button”, una asombrosa red de minúsculos e intrascendentes eventos fuera de nuestro control debe estar presente para que la colisión suceda, de lo contrario, no sólo será difícil chocar, será imposible.

Así como no podemos controlar realmente todo lo que queríamos o nos gustaría que nos suceda, tampoco nos puede suceder cualquiera de las cosas que tememos, por el solo hecho de temerlas.

Lo que sí puede hacer nuestra imaginación, es que vivamos en el miedo y eso sí es grave.

“¿No se venden dos pajarillos por una monedita?
Sin embargo, ni uno de ellos cae a tierra, sin que el
Padre de ustedes lo permita.”

Mateo: 10, 29

No hace mucho venía caminando por la rambla de Montevideo y me crucé con unos primos de mi esposa Lilian, que venían en sentido contrario.

Luego de saludarlos les pregunté por sus hijos, en particular por uno al que en la familia conocemos como Tato.

Con cara de preocupación, ambos me señalaron hacia el Río de la Plata.

Era un día crudo de invierno y el río estaba realmente embravecido por el viento.

Uno de ellos me dice: —Tato anda ahí en una tabla de esas, haciendo windsurf.

—Fenomenal —les dije.

—¿Cómo fenomenal? Estamos con el Jesús en la boca.

—A ver —les pregunté: —¿Uds. tienen idea de por qué Tato está ahí?

—Sí, tenemos una idea —respondieron de inmediato; está ahí porque vos le regalaste la primera tabla de windsurf que tuvo.

—Dejen que les cuente cómo fue la cosa —les dije: no sé si ustedes se acuerdan que yo le regalé la tabla un verano en Punta Ballena cuando vinieron a nuestro apartamento y la historia fue así.

César el portero del edificio me dijo un día: —Dr., acá tengo una tabla de windsurf y no sé lo qué hacer; no sé de quién es, la han dejado hace años, ¿no la quiere?

Era uno de esos tabloncitos antiguos que medían 5 metros de largo y pesaban una tonelada con su mástil, vela y todo.

—¿A usted le parece César que yo me puedo poner a hacer windsurf con mi edad y el sobrepeso que tengo?

—Noooo—me dijo—, pero quizás sepa de alguien que la quiera.

En eso aparecieron ustedes de visita, Tato incluido.

Entre una conversación y otra, le pregunté si no se quería llevar la tabla, la fuimos a ver al garaje y ahí arrancó la pasión de Tato por ese deporte.

Ahora pasa temporadas en Hawai, ha desarrollado su propia escuela y compite muy exitosamente en campeonatos internacionales.

—Como verás —les dije, Tato está ahí por César.

Se sonrieron levemente.

Déjenme decirles algo más; en realidad nosotros nos conocimos porque yo estoy casado con Lilian, que es tu prima, Marcelo.

Ella es hija de Alfredo y Chichí, tus tíos.

Si Alfredo y Chichí no se hubieran conocido, o no hubiesen tenido a Lilian, yo no me habría casado con ella, no te habría conocido y por ende no le habría regalado la tabla a Tato, de tal manera que si Tato anda por ahí es porque Alfredo y Chichí...

Sonriendo ampliamente y visiblemente más calmados me interrumpieron diciendo: ¡ya entendimos, ya te entendimos!

Tranquilícense, les dije, porque Tato está ahí porque el universo entero quiere que esté ahí y va a seguir estando, hasta que el universo disponga lo contrario.

Cuando se dieron todas las condiciones, cada uno de nosotros se manifestó en este mundo y en esta forma.

Cuando estén dadas todas las condiciones para dejar de manifestarnos de esta forma, cada uno de nosotros a su tiempo, dejará de hacerlo.

Mientras tanto, no vale la pena perder la tranquilidad.

Por esa razón, reconectarse, religarse, tiene que ver con entender la magnitud y complejidad de la maravilla de la que formamos parte, y en función de ello, hacer lo que nos corresponde, es decir ocuparse, y luego confiar, entregarse y mantener la calma.

En el tránsito como en la vida, hay que ponerse el cinturón de seguridad, es decir, ocuparse, y luego de hacer bien lo que uno tiene que hacer, mantener la calma porque, “no es tan fácil chocar”.

En cuanto a qué significa “ocuparse” o hacer bien lo que uno tiene que hacer, la cosa no es tan fácil.

Determinar cuándo hemos hecho poco y nos quedamos cortos o cuándo nos excedimos pensando que todo depende de la intensidad de nuestro deseo y de la magnitud de nuestro esfuerzo, creyendo esa tontería de que el cielo es el límite, es un tema complejo.

¿Dónde está la línea?

¿Cuándo aflojar, cuánto seguir?

¿Cuándo es ciega tozudez y cuándo loable perseverancia?

¿Cuándo es apatía, cobardía, indigna resignación; cuándo aceptación y sabia retirada?

¿Dónde está la divisoria que señala? ¿Quién la pone, quién lo dice, quién la marca?

¿Qué señales miraré cuando la duda me muerda nuevamente el alma?

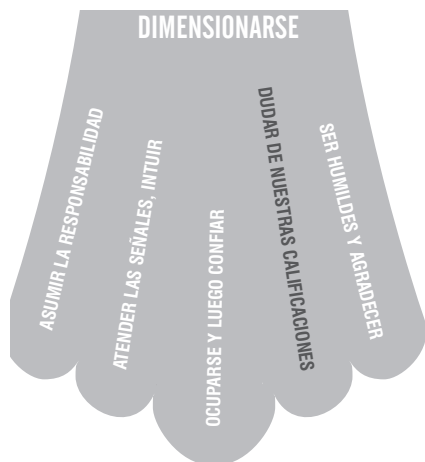
No lo sé.

Creo que nunca lo sabré, hasta después de cada batalla.

El día que desperté dos veces: 69

Por último, nada como un relato de mi amigo, el pintor Enrique Zorrilla de San Martín, para ejemplificar el punto.

Cuenta a menudo que una persona que trabajaba con él en una estancia, era conocido por los exquisitos guisos que preparaba, pero también por un gesto y un dicho con el que marcaba el fin de su tarea, antes de comenzar a servir.



Después de persignar la olla haciendo una cruz en el aire con un paño de cocina, decía:

“Que Dios le ponga lo que le falta”.
Nada resume mejor la actitud que proponemos.

Dudar de nuestras calificaciones

Un antiguo relato taoísta dice (palabra más, palabra menos), que:

En un pueblito muy pero muy pobre de China, había un chino muy viejo que vivía con su hijo en una granja muy humilde.

Tenían un caballo con el que trabajaban la tierra y ese caballo un día se les escapó.

Toda la gente del pueblo fue a la casa del anciano y le decían: ¡Qué mala suerte, qué mala suerte!

El anciano sin perder la calma les respondió: tal vez, tal vez sí, tal vez no.

Poco tiempo después el caballo que había andado salvaje por varios meses, reapareció y se trajo con él, varios caballos salvajes.

El viejo granjero y su hijo lograron meterlos dentro del corral y todo el pueblo corrió nuevamente a la casa del viejo diciendo: ¡Qué buena suerte, qué buena suerte!

El anciano sin inquietarse, nuevamente contestó: Tal vez, tal vez sí, tal vez no.

El hijo comenzó a domar los caballos salvajes y al caer de uno ellos, se quebró una pierna.

El pueblo entero volvió a la casa del anciano lamentando lo ocurrido: Ahora sí, esto sí que es mala suerte, sin duda alguna, muy mala suerte.

Tal vez, contestó nuevamente el anciano.

Pocos días después pasaron unos militares reclutando gente para ir a la guerra y como el joven tenía la pierna fracturada, no pudieron llevarlo.

El pueblo entero volvió a visitarlos diciendo a viva voz: ¡Qué buena suerte, qué buena suerte! y el viejo chino les dijo...

Esta historia, como todas las historias de sabiduría, aplica a cualquier contexto o situación humana en la que nos aventuremos a emitir una opinión o juicio ligero acerca de lo sucedido.

Cuando se produjo el derrumbe en la mina de cobre de San José en Chile, muchos mineros lograron escapar ilesos.

¿Qué pensarían cuando se enteraron que 33 de sus compañeros habían quedado adentro de la mina, quizás vivos, quizás heridos, o quizás muertos?

Y los familiares de unos y de otros, ¿qué pensarían de la suerte de cada quién y de la situación que les estaba tocando vivir?

Seguramente unos sufrían un calvario y otros estarían diciendo que eran muy afortunados.

Con este motivo, recordé una película argentina muy, pero muy vieja, en blanco y negro, llamada Dock Sud (o El tranvía que cayó en el riachuelo) en la que desde un barrio muy humilde, realmente pobre, todas las madrugadas se trasladaba en tranvía a sus tareas, un contingente de trabajadores de un frigorífico.

El día que por un accidente el tranvía cae del puente al riachuelo y todos los ocupantes fallecen ahogados, el protagonista central de la película no había concurrido a trabajar.

La noche anterior había estado festejando el casamiento de un hijo y como consecuencia de esa circunstancia y, para alegría de toda su familia, se salvó.

Poco tiempo después, las autoridades del frigorífico comenzaron a indemnizar a las familias de los fallecidos con la construcción de preciosas casitas nuevas y con dinero.

Dramáticamente, la familia del bienaventurado que había salvado su vida, comienza a tener dificultades en su relacionamiento interno, consecuencia de una difícil convivencia con sus vecinos que, por otra parte, alardeaban de su aparente prosperidad, olvidando a los muertos.

La idea de que quizás hubiese sido mejor que el sobreviviente hubiese corrido la misma suerte de sus compañeros muertos, comienza a sobrevolar.

No recuerdo el final exacto del filme, pero sí que el personaje central intenta suicidarse encerrándose en la cámara congeladora del frigorífico.

Volviendo a los mineros chilenos:

¿Qué habrán pensado luego del rescate de los 33, los familiares de los mineros que se salvaron inicialmente y ellos mismos de su suerte?

¿Seguirían pensando que fueron afortunados?

¿Estarían envidiando la situación por la que atravesaban sus compañeros, célebres mundialmente, y pensando que ellos vivirían para siempre en el anonimato?

¿Desearían haber quedado atrapados?

¿Habrían comenzado a aparecer rispideces en sus interrelaciones, como en la familia de la película?

Mi respuesta es tal vez, y mi reflexión es: nuestras calificaciones humanas de los eventos de la vida están lejos de ser certeras, ni siquiera aproximadas, porque desconocemos en el momento de hacerlas, infinidad de datos que, de saberlos, cambiarían nuestra opinión y, por sobre todas las cosas, desconocemos cómo va a seguir la historia.

Lo que es seguro, es que sea nuestro veredicto “bueno” o “malo”, tarde o temprano cambiará.

Si esperamos lo suficiente, cambiará y si prestamos atención, los ejemplos se multiplican.

No hace mucho una persona de escasos recursos, ganó en Uruguay una muy importante suma de dinero en un juego de azar parecido a la lotería y el hecho se hizo público.

Pocos días después, un grupo de maleantes intentó raptar a uno de sus hijos, gracias a Dios sin lograrlo.

¿Qué habrá pensado de su suerte este hombre, cuando se hizo de una fortuna de un instante para otro, apostando al 5 de Oro?

Y sus familiares, amigos y vecinos, ¿qué habrán pensado?

¿Qué pensaron luego del incidente de su hijo?

¿Qué hubiesen pensando si como consecuencia de esa "fortuna", le hubiesen raptado y quizás lastimado o matado a su hijo?

Retornemos a nuestros célebres mineros.

¿Qué pasará de ahora en más con sus vidas?

¿Y con la de sus esposas, familiares y amigos?

¿Será que los 33 mineros rescatados ilesos son afortunados?

A cualquier respuesta que den a esta pregunta, yo le contestaré: tal vez.

En el diario El País del día 23 de octubre de 2010, en la página 4 de la sección internacional, salió un artículo titulado "Mineros chilenos presentan estrés" y de subtítulo: "Cinco de ellos se exceden con el alcohol y uno fue internado".

El estresado fue internado y luego dado de alta con el diagnóstico de "síndrome de angustia o estrés postraumático".

Por otro lado, desoyendo el consejo de sus médicos respecto a tomarse un descanso, los mineros han comenzado a participar de festejos organizados por familiares, amigos y otros interesados.

El artículo menciona en especial una fiesta realizada por un excéntrico millonario minero, donde varios trabajadores se excedieron en el consumo de alcohol, comportamiento que se repitió en otros festejos y que el periodista señala como una recaída en su antigua adicción.

"Fue muy irresponsable invitarlos a una fiesta y darles tragos sin ningún tipo de control, después de la situación que pasaron", dijo el Dr. Días.

"Han sido sometidos a invitaciones donde hay alcohol y es obvio que algunos pagaron los costos", explicó el psicólogo Alberto Iturria.

Es claro que la vida no nos hizo esperar más que unos pocos días para probar que "tal vez", es la contestación correcta a cualquier pronóstico que cualquiera se atreva a aventurar respecto a la suerte o al futuro de la vida de los 33 mineros, de su familia y su entorno.

Como era de esperar, un año después del impresionante rescate, siguen apareciendo noticias claroscuras sobre la vida de los 33 mineros.

A nivel doméstico valen las mismas precauciones al evaluar lo que acontece.

Luego de dos semanas de ausencia, mi esposa y yo volvimos a nuestro departamento de Punta Ballena y al abrir la puerta, un penetrante olor a podrido lo invadía todo.

Comenzamos a buscar el origen y rápidamente descubrimos que provenía de la cocina, más precisamente, del refrigerador.

El refrigerador es un equipo relativamente grande y con un compartimiento separado para congelar alimentos.

Al abrirlo fue evidente que el aparato estaba apagado y como es fácil de imaginar, todo lo que estaba en su interior se encontraba en avanzado estado de descomposición.

Mi primera aproximación a encontrar una causa al problema fue pensar que el equipo se habría roto, que algo adentro de esa caja negra conocida comúnmente como "la bocha", había dejado de funcionar.

Luego de revisar con más detalle, nos dimos cuenta que la cosa era muy simple, la heladera sólo estaba desenchufada.

No fue fácil descubrirlo porque la ficha de conexión apenas estaba movida del toma corriente, lo suficiente como para haber dejado de hacer contacto y apagar el motor.

Tomado en cuenta que cuando nos fuimos estaba todo funcionando, una explicación razonable para este hecho fue que Teresa, la señora que hace la limpieza a fondo cuando no estamos, seguramente movió ligeramente el cable.

Mientras realizaba la tarea de descarte y limpieza, comencé a pensar que lo sucedido no había pasado por casualidad, que podía haber cosas interesantes para aprender.

¿Para qué habrá sucedido esto?, me dije.

Lo primero que se hizo claro fue la fragilidad de mi “ilusión de seguridad”, creada a punto de partida de acumular y guardar cosas, reflexión que compartiré en otra parte de este libro.

La segunda reflexión que me generó el hecho y que atañe al punto que estamos tratando, fue que aquel desastre se estuvo gestando por completo fuera de mi percepción, en medio de lo que hubiese catalogado como “calma total”.

Las dos semanas anteriores mientras estuvimos en Montevideo y hasta el segundo antes de abrir la puerta del apartamento todo parecía estar “en orden”; esa era mi evaluación de lo que estaba sucediendo.

Sin embargo, cuando creemos que todo marcha sobre ruedas, cuando nos parece tener todo bajo control, sólo tenemos otra ilusión.

Mientras disfrutamos de nuestra aparente tranquilidad, ya nació en algún lado del planeta una Teresa, la mano de Dios, el fabricante de la bala que se va a cruzar en nuestro camino, la primera célula que rompió las reglas de crecimiento controlado de nuestro cuerpo o el ministro de economía que va a decretar de un plumazo, que ahora somos dueños tan sólo del 25 % de nuestros ahorros.

A la inversa, cuando todo parece dramático, agobiante, oscuro y difícil, seguramente estamos percibiendo un pequeño fragmento de la realidad, la foto de una hoja, pero no vemos el bosque, las interconexiones ocultas, y mucho menos conocemos de qué manera aquello que catalogamos de esa forma, va a evolucionar.

A partir de este episodio, mi respuesta a la pregunta ¿cómo va todo? sigue siendo, “todo bien”, como indica el ritual.

Dentro de mi cabeza, una voz me dice: Tal vez, tal vez sí, tal vez no.

Tres razones deberían entonces hacer que nos abstuviéramos en la intimidad de calificar un evento categóricamente:

- En realidad nunca vemos la totalidad de las interrelaciones del suceso que hemos calificado, sólo podemos apreciar un pequeño círculo, como si mirásemos el mundo por el interior de un tubo de cartón.
- Nunca sabemos cómo va a evolucionar aquello que catalogamos como bueno o malo. Quizás en un tiempo, lo que dijimos que era bueno se transforma en una pesadilla y lo que dijimos que era malo, pasa a integrar la interminable lista de ejemplos del dicho popular “no hay mal que por bien no venga”.
- Lo que decimos decididamente que es malo, tal vez se refiera a nuestros intereses, pero no a los de otros o a los del conjunto. Chocar con nuestro auto es quizás malo para nosotros, pero seguramente bueno para el mecánico, el chapista, el que fabrica las pinturas, el banco que financia a la compañía aseguradora; en fin, cuando chocamos, una cantidad de gente se beneficia.

Por estas razones, es aconsejable que a la hora de evaluar y transmitir los resultados de sus planes y acciones, los nuevos líderes muestren templanza, sean prudentes, moderados, equilibrados y ecuanímes.

Si aun siendo prudentes en la evaluación de lo que sucede, siguiesen pensando que lo ocurrido es bueno, es tiempo para:

Ser humildes y agradecer

“Todas las acciones son forjadas por las cualidades de la naturaleza únicamente. El yo, engañado por el egoísmo, piensa: Yo soy el hacedor”.

Bhagavad Gita

Tan sólo a manera de ejemplo digamos que yo soy el autor del libro “La cara humana de la negociación”.

Que a los fines prácticos aparezca de esa manera, tanto en la tapa de cada ejemplar como a la hora de cobrar los dividendos que generen sus ventas, está bien.

Que en la interna me crea que ese libro existe porque yo lo dispuse, es pura soberbia.

Ese libro, al igual que la silla o un grano de arena, es el resultado de la conjunción de todo el universo, dispuesto para que eso sucediera.

Si lo miro superficialmente, el libro es mío.

Si lo miro en profundidad, en ese libro están mis maestros de escuela que me enseñaron a leer y a escribir. Sin ellos, ese libro no existiría.

Están los profesores Roger Fisher y Roberto Kertész, que me enseñaron negociación y psicología respectivamente.

Está el editor, el imprentero, el diseñador, la correctora.

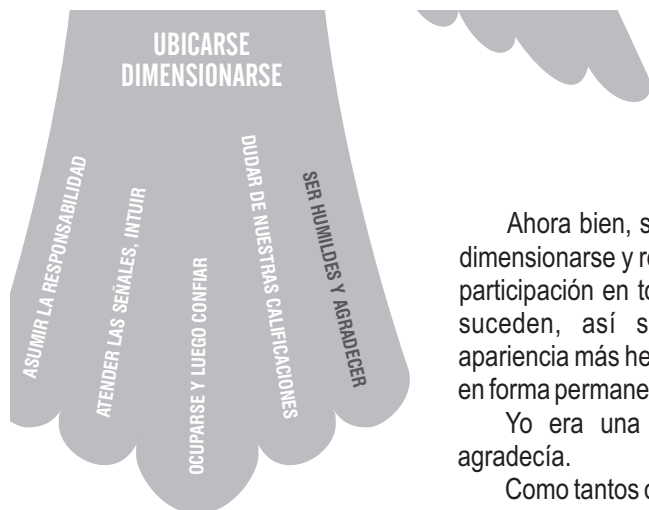
Ahí está el que preparó la pasta de celulosa para el papel, los que plantaron los árboles de los que se sacó la madera para la pasta, la tierra, el sol, el agua, las nubes.

Sí, efectivamente, mi libro tiene nubes también.

Si alguno de estos elementos no hubiese existido, ese libro tampoco existiría.

José de Saramago lo expresa genialmente cuando dice:

“¿Cuál es la abeja que puede decir, esta miel la he hecho yo?”



Ahora bien, si uno realmente logra dimensionarse y reconoce su minúscula participación en todas las cosas que le suceden, así sea la epopeya de apariencia más heroica, debe agradecer en forma permanente.

Yo era una persona que nunca agradecía.

Como tantos otros, creía que todo lo que tenía o era me lo había ganado con mi esfuerzo, que era mérito mío y que merecía todos los elogios y los reconocimientos por ello.

Ahora agradezco a diario.

Agradezco por las cosas importantes que me pasan, como mi familia o mi trabajo, pero también por las pequeñas y cotidianas, que por esa misma condición suelen pasar inadvertidas, como dormir en una buena cama, tomar una ducha caliente o tener diariamente pan en la mesa.

Antes creía que ese mismo pan me lo había ganado con el sudor de mi frente.

Hoy sé que sin el panadero, sin la harina, sin el trigo, el sol, las nubes, el agua..., ese pan no estaría en mi mesa y, por eso, agradezco.

Siguiendo una buena sugerencia que viví en un retiro en USA con el maestro Thich Nhat Hanh, cuando me siento a comer en mi casa tengo a la vista un cartelito que me recuerda lo siguiente:

- Esta comida es el regalo de todo el universo: la tierra, el cielo, numerosos seres vivos y de mucho trabajo duro.
- Que pueda vivir y comer con gratitud y estando consciente para ser merecedor de esta comida.
- Que pueda transformar sabiamente mis estados mentales y aprender a comer con moderación.
- Que pueda tomar solamente la comida que me alimente y prevenga enfermedades.

- Acepto esta comida para descubrir la manera de comprender y amar a todos los seres vivos.

Comprendí por fin, que nada de lo que tengo es mío, que todo me fue dado, aun las cosas más abstractas como la mucha o poca inteligencia que tenga y por ende, también las cosas que consiga con su aplicación.

Como decía San Pablo:

“¿De qué te jactas? ¿Qué tienes tú que no te haya sido dado?”

Todo líder debe ser capaz de entender que nunca es, que siempre *inter-es*, que nunca vive, que convive; que tanto sea si tiene pan sobre su mesa o ha logrado una meta propuesta en un plan quinquenal de trabajo, en su interior debe agradecer al universo que lo sostiene y apoya, a pesar de su insignificante pequeñez.

Percibiendo lo minúsculo de su dimensión, lo ridículo de sus dramas cotidianos, la absurda proporción de la organización que dirige, sea cual sea su tamaño o la importancia que aparente tener dentro del marco de las insignificantes historietas humanas, deberá tomarse a sí mismo con menos pompa e importancia y desdramatizar su vida y la de sus colaboradores y seguidores, dándole la justa trascendencia a las aburridas comedias y dramas en los que le toque participar.

“Los ángeles pueden volar, porque se toman ellos mismos ligeramente”.

G.K.Chesterton

En fin, lo que he encontrado en mi experiencia de agradecer, es que el sólo acto de hacerlo con frecuencia, ha sido un potente instrumento de mi propia conversión personal y espiritual.

Me ha ayudado a modificar mi percepción respecto a mi contribución en los eventos importantes de mi vida.

De creerme la fuente de todas las cosas, en especial de la abundancia, he pasado a sentir que soy alguien bendecido, que recibe a diario generosamente de la vida, algunas veces sin hacer nada y hasta inmerecidamente. Esto ha aumentado mi serenidad y mi confianza.

Por otro lado, he notado que agradecer por todo lo bueno y bello que me sucede estimula mis pensamientos, sentimientos y comportamientos positivos y reduce mis actitudes negativas.

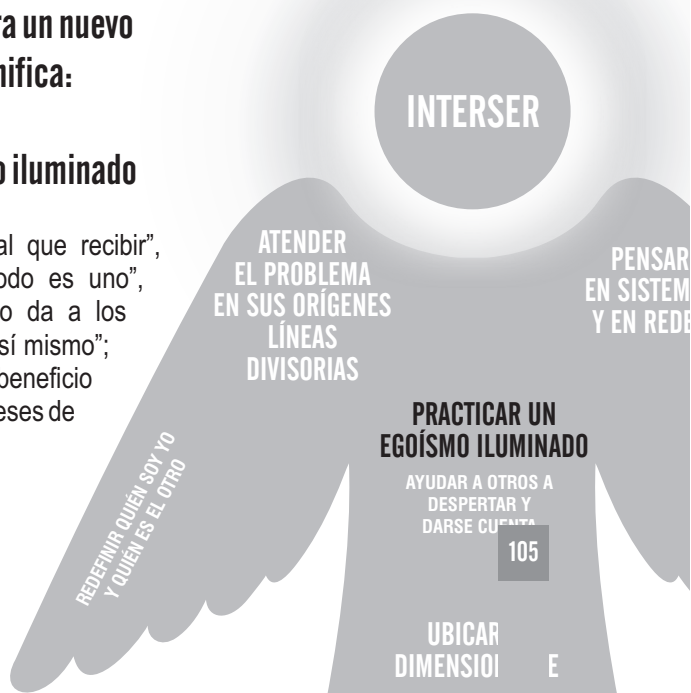
Entre otras cosas, al darme cuenta de lo generosa que ha sido la vida conmigo, ha reducido mi necesidad de compararme, competir o ponerme por encima de mis colegas y colaboradores.

Agradecer incluso por las cosas que me provocan desagrado me ha ayudado a reducir mis ideas y sentimientos de rechazo ante las contrariedades y por ende, la cantidad y calidad de mis quejas, lo cual no es poca cosa si se recuerda que las actitudes son contagiosas.

Mis nietos están comenzando a agradecer en los almuerzos y cenas familiares.

Liderar para un nuevo mundo significa: Practicar un egoísmo iluminado

“Dar es igual que recibir”, porque como “todo es uno”, “todo lo que uno da a los otros, se lo da a sí mismo”; “es en nuestro beneficio velar por los intereses de todo lo demás”.



Esta frase que he armado con sentencias de sabios de distintas épocas, procedencias y religiones, expresa una ley universal.

Dar, no es opcional en la naturaleza y a ella pertenecemos.

No es opcional para el sol darse en calor, ni al agua en vapor, ni al vapor en lluvia que alimentará la tierra y el pasto. No es opcional para el pasto ser alimento de los ciervos y los ciervos del león y el león de la tierra y así sucesiva e interminablemente.

Todo lo que existe, existe por transformación de otras cosas que “se dan” para que las nuevas se manifiesten.

“La naturaleza del conjunto universal, valiéndose de la sustancia del conjunto universal como de una cera, modeló ahora un potro; después lo fundió y se valió de su materia para formar un arbusto y más tarde otra cosa.

Y cada uno de esos seres ha subsistido poquísimo tiempo. Pero no es ningún mal para un cofrecillo ser desarmado, ni tampoco ser ensamblado”.

Marco Aurelio Antonino

Sólo a los seres humanos se nos ocurre que podemos romper esta ley y acumular egoístamente mientras otros seres vivientes, humanos o no, pasan penurias y hambrunas.

Nuestra mente ha sido condicionada por centurias a buscar su propia seguridad, sus propios mezquinos y limitados intereses, desatendiendo los consejos que también por siglos nos han dado aquellos iluminados a los que decimos adorar.

Muchos intentamos combatir la sensación de inseguridad, la falta de confianza y el miedo que nos provoca nuestro equivocado sentido de individualidad y separación, acumulando cosas materiales y en especial, si podemos, guardando dinero en el banco.

Creemos que con eso estamos a salvo.

Nos sentimos seguros porque tenemos reservas que creemos suficientes o, algunas veces, más que suficientes (tal vez para varias vidas o varias generaciones).

Acumulando y guardando para asegurar el futuro que tanto nos asusta y que ni siquiera estamos seguros que vamos a tener, dejamos atrás la vida que transcurre hoy.

Sin embargo y muy frecuentemente, la realidad nos muestra lo frágiles y vulnerables que somos y la estupidez de nuestra pretendida seguridad.

Basta un instante y no interesa si es el huracán Charly, un tsunami o la mano que por descuido desconecta el enchufe de nuestro refrigerador, todo lo que teníamos en nuestras reservas vuela y con ella, nuestra supuesta seguridad y la vida que malgastamos para crearla.

No hay seguridad ni paz absoluta, salvo la que viene de la confianza absoluta y sólo se puede confiar en lo que es, no en lo que se tiene.

Por ignorancia y de una manera ingenua, luchamos a brazo partido contra la impermanencia de la vida y de las cosas.

Pensamos que a los diamantes, a los metales preciosos, al dinero en los bancos de Suiza y a las comidas para “freezer”, nada les puede pasar.

Sin embargo, les pasa.

Nada es permanente, nada es para siempre, las cosas van y vienen, Dios nos da y Dios nos quita, esa es la ley de la naturaleza.

De lo demás, nada es seguro, nada de lo que tenemos nos va a durar para siempre, lo tengamos en el “freezer” o en un “cofre fort”.

“Le dijo uno de la multitud: —Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

Y él le dijo: —Hombre, ¿quién me ha puesto como juez o repartidor sobre vosotros?

Y les dijo: —Mirad, guardaos de toda codicia, porque la vida de uno no consiste en la abundancia de los bienes que posee.

Entonces les refirió una parábola, diciendo: Las tierras de un hombre rico habían producido mucho.

Y él razonaba dentro de sí, diciendo: “¿Qué haré? Porque ya no tengo dónde juntar mis productos.”

Entonces dijo: “¡Esto haré! Derribaré mis graneros y edificaré otros más grandes. Allí juntaré todo mi grano y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, alégrate.”

Pero Dios le dijo: “¡Necio! Esta noche vienen a pedir tu alma; y lo que has provisto, ¿para quién será?”

Así es el que hace tesoro para sí y no es rico para con Dios”.

Lucas 42:12:21

Por otro lado, tampoco es opcional el recibir lo que necesitamos; el único problema es que los hombres no sabemos diferenciar bien lo que nos es realmente necesario y lo que no.

“De los deseos, unos son naturales y necesarios, otros naturales pero no necesarios y otros al fin, ni naturales ni necesarios, sino que provienen de opiniones sin sentido”.

Epicuro

Nuestro cuerpo necesita abrigo, pero el ego necesita un traje Giorgio Armani.

El cuerpo necesita alimento, pero el ego necesita caviar ruso.

El cuerpo necesita traslado, pero el ego necesita un BMW.

Necesitamos paz y calma y el ego enciende el televisor o va de compras.

En estas circunstancias siempre nos confundimos y nos dejamos llevar por los antojos del ego.

De no ser así, no habría problemas de abastecimiento en este mundo, ni con el doble de la población actual porque:

“El mundo es suficientemente grande para satisfacer las necesidades de todos, pero siempre será demasiado pequeño para satisfacer la avaricia de algunos”.

Ghandi

En fin, no hay religión que no enfatice esta ley natural de dar y recibir.

“Por eso les digo: No se inquieten por su vida, pensando qué van a comer, ni por su cuerpo, pensando con qué se van a vestir. ¿No vale acaso más la vida que la comida y el cuerpo más que el vestido?

Miren los pájaros del cielo: ellos no siembran ni cosechan, ni acumulan en graneros, y sin embargo, el Padre que está en el cielo los alimenta. ¿No valen ustedes acaso más que ellos?

¿Quién de ustedes, por mucho que se inquiete, puede añadir un solo instante al tiempo de su vida?

¿Y por qué se inquietan por el vestido? Miren los lirios del campo, cómo van creciendo sin fatigarse ni tejer.

Yo les aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos.

Si Dios viste así la hierba de los campos, que hoy existe y mañana será echada al fuego, ¡cuánto más hará por ustedes, hombres de poca fe!

No se inquieten entonces, diciendo: “¿Qué comeremos, qué beberemos, o con qué nos vestiremos?”

Son los paganos los que van detrás de estas cosas. El Padre que está en el cielo sabe bien que ustedes las necesitan.

Busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura.

No se inquieten por el día de mañana; el mañana se inquietará por sí mismo. A cada día le basta su aflicción.”

Mateo 6: 25 - 34

“Los egoístas necios siempre están pensando en ellos mismos y el resultado es negativo. Los egoístas sabios, piensan en los demás, ayudan tanto como pueden y el resultado es que ellos también se benefician.”

Dalai Lama

“El sabio no acumula posesiones.

Tanto más posee cuanto más hace por los demás, y cuanto más da a los otros, tanto más tiene”.

Tao Te King

“¿Si no estoy para mí mismo, entonces quién estará?

¿Y si estoy sólo para mí mismo, qué soy?”

Pirkei Avot 1:14

Un egoísmo iluminado es necesario socialmente, en la vida familiar y también en los negocios.

Al respecto dice el Profesor Emérito de Harvard Dr. Roger Fisher, creador del modelo de negociación conocido mundialmente como ganar - ganar:

“Lo que no es bueno para los intereses de todas las partes de una negociación, no es bueno para una de ellas”.

Casi como un juego, cada vez que encuentro que un contemporáneo dice algo sabio o una verdad profunda, busco históricamente con cuidado, porque estoy convencido que alguien ya lo debe haber dicho antes. En este caso también se cumple esta presuposición; juzgue por usted mismo.

“Lo que no es bueno para la colmena, no es bueno para la abeja”.

Marco Aurelio Antonino

La felicidad no es individual, es colectiva.
Piénselo a nivel familiar y verá lo acertado de esta aseveración.

Dos o más personas que velan cada una por sus propios intereses, no hacen una pareja, ni una familia.

Nadie puede ser feliz si su esposa/o, o un hijo no lo es.

Velar por los intereses y la felicidad de “los otros”, es la única forma de velar por nuestra felicidad y nuestros propios intereses.

Por último, pero quizás lo más importante, ese egoísmo iluminado conducirá a los nuevos líderes a:

Ayudar a otros a despertar y darse cuenta

“Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada a fuera y pisoteada por los hombres.

REDEFINIR QUIEN SOY YO
Y QUIEN ES EL OTRO

ATENDER
EL PROBLEMA
EN SUS ORÍGENES
LÍNEAS
DIVISORIAS

PENSA
EN SISTE
Y EN RE

INTERSER

PRACTICAR UN
EGOÍSMO ILUMINADO

AYUDAR A OTROS A
DESPERTAR Y
DARSE CUENTA

111

UBICA
DIMENSIONES SE

Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del candelero, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa.

Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

Mateo 5,13 - 16

Al igual que aquellos doce a los que estas palabras iban dirigidas, los nuevos líderes serán la sal de la tierra, la luz del mundo y ayudarán a otros a despertar y darse cuenta.

¿A despertar de qué?

A despertar del sueño en que vivimos.

“Dormir soñando es parecido a estar despierto y algunas veces, difícil de distinguir.

Cuando me despierto, me doy cuenta que soñaba y dudo si lo que soñé fue real.

Un día me desperté estando ya despierto, me vi a mí mismo y a los demás y me di cuenta que lo que llamaba vida no es real, que es un sueño, que es un juego.

La primera vez que me vi a mí mismo mirando el juego de la vida, supe quién era.”

El día que desperté dos veces: 163

¿De qué sueño ayudarán a despertar?

Entre otros, del sueño de la separación, de la fragmentación, de la visión de chacrita que, como ya señalásemos, a todo nivel nos lleva a la comparación.

De ahí a la envidia y los celos, hay un pequeño paso.

De ahí a las guerras, la miseria, el hambre y la muerte, hay uno aún más pequeño.

¿Ayudarán a darse cuenta de qué?

De que todo en este mundo está interconectado, interrelacionado, que es interdependiente, que todo es multicausado y a la vez impermanente. Que todo es Uno.

Que por no ver esa realidad, vivimos en el miedo y sufrimos innecesariamente.

Que hemos transformado esta vida en una lucha, porque ese es el precio de las líneas divisorias y de la comparación y la competencia que éstas generan.

Un mundo mejor es posible sólo si nos damos un baño de realidad.

En lugar de incentivar la inquietud y el desasosiego, los nuevos líderes del nuevo mundo incentivarán la calma, el silencio y la reflexión que hoy brillan por su ausencia.

Enseñarán a la gente a darle al trabajo y a todas las actividades que realicen, un sentido transpersonal y a utilizar el trabajo como práctica de las ideas aquí expresadas.

Como dice Thich Nhat Hanh, mostrarán que “el trabajo, es solamente parte de la vida y que el trabajo **es** vida (solamente) cuando se realiza despierto”.

Si se trabaja despierto, si llevamos adelante un proceso impecable y nos despreocupamos por los resultados, todo trabajo es interesante y fuente de nuevas comprensiones sobre mí mismo y los demás.

Los nuevos líderes demostrarán con su ejemplo, que se puede ser feliz y eficiente al mismo tiempo, y que no se trata de trabajar para ganar fama, poder, puestos o hacerse rico y de esa manera llegar a ser feliz, sino de ser feliz y trabajar siéndolo.

Los nuevos líderes no querrán seguidores, querrán que la gente despierte.

Seguirlos, por su parte, será como “quedarse mirando el dedo, cuando alguien señala la luna”.

Sólo un dormido haría eso, porque la clave es despertar, no seguir a personas despiertas.

Seguir, es de la era anterior, de la actual.

Lo que se necesita no es una nueva ideología acerca de nada, ni fanáticos que la difundan, la profesen o la sigan.

Se necesitan personas despiertas, capaces de ver la realidad tal cual es.

Entre los líderes de ese nuevo mundo, un diálogo como el que sigue, no será posible.

“Nuestro gobierno... está decididamente a favor no sólo de firmar el protocolo sino también... de ratificarlo”, refiriéndose al protocolo de Kyoto.

“Nosotros trabajaremos juntos, pero va a ser lo que sea ante todo del interés de **nuestro** país”.

En ese nuevo mundo, ningún líder será capaz de terminar un discurso político diciendo “nosotros prevaleceremos”.

¿Quiénes somos nosotros?

¿Quiénes son los otros?

¿Sobre quiénes prevaleceremos?

Por el contrario, en ese nuevo mundo habrá líderes que sepan manejar adecuadamente la dualidad de la vida, y como Marco Aurelio, dirán:

“Mi ciudad y mi patria como Antonino es Roma, como hombre es el mundo”.

Tendrán conciencia clara de su ligazón con “el todo” al que estamos obligados y al que debemos amar y servir por encima de todas las cosas, sobreponiéndonos a los deseos y antojos de nuestros minúsculos egos y el de los que nos rodean.

Librados de la fijación del yo, conducirán con la mirada puesta en la totalidad, en la creación, en la naturaleza, en la humanidad toda y no en la lucha unilateral por el poder, la gloria o el beneficio económico propio o de los suyos.

Ayudarán a otros no porque lo dicten normas éticas o morales, sino porque para los que viven la experiencia de unidad, de comunión de todos los seres, la caridad es expresión natural de su ser.

Cooperar no será una forma de vivir impuesta por ningún mandamiento, lo harán porque tendrán como Séneca la certeza de que:

“...si el todo es sagrado, las partes no lo son menos. El hombre pues, debe respetar al hombre que es para él un conciudadano de la gran ciudad. ¿Qué sucedería si nuestras manos quisieran hacer la guerra a nuestros pies, o los ojos a las manos? Reina la armonía entre los diversos miembros del cuerpo humano, porque todos están interesados en la conservación de cada uno; así los hombres deben cuidarse y favorecerse unos a otros, porque han nacido para la sociedad, la cual no subsistiría sin el apoyo mutuo y benevolente de los que la componen”.

Finalmente, la humanidad entera necesita un cambio real y un cambio real es sinónimo de cambio interior.

A todo nivel nos quejamos amargamente de que vivimos en un mundo poco compasivo y por tanto injusto.

Ahora bien, ¿cómo alguien que vive con miedo puede ser compasivo?

Alguien con miedo podrá vivir a la defensiva o agrediendo, pero difícilmente podrá sentir o empatizar con el otro.

Si elegimos vivir una vida atada a resultados de todo tipo y color, es legítimo preguntar:

¿Quién, en un mundo que divide y pone permanentemente en competencia, puede no sentir miedo?

Sea consciente o no, ¿quién, en una sociedad donde todos persiguen afanosamente el placer, el poder, el dinero y la fama, puede no sentir miedo?

El mundo es una gran obra de teatro donde representamos permanentemente personajes con los que queremos impresionar a otros personajes, que en todas sus relaciones, se temen o se necesitan.

Por esta razón, el miedo a la opinión y al juicio de los demás, el miedo al qué dirán, es por lejos el que le sigue en importancia y frecuencia al miedo a la muerte.

No sólo los políticos y los gobernantes viven en ese constante temor de no agradar a sus electores, a la vez de precisarlos.

Todos en su lugar y medida, vivimos en el miedo sin darnos cuenta.

Sentimos miedo a fracasar, miedo a hacer el ridículo, miedo a no ganar, miedo a perder las posesiones que acumulamos, miedo a no agradar, a no ser el mejor, a no ser capaz de mantenernos en el poder, a no ser querido, elogiado, ponderado... miedo a los premios y a los castigos con los que fuimos condicionados.

En última instancia, miedo a perder "nuestras" pertenencias, el poder, la posición o el prestigio, es decir, a perder aquello con lo que nos identificamos, lo que creemos equivocadamente que somos.

Tememos a la muerte por la misma razón, porque nos quitará esas cosas.

Conducidos por nuestro egoísmo, preocupados por cuidar y asegurar "nuestra" vida, paradójicamente perdemos de vista nuestra inmortalidad, no nos damos cuenta que "somos" la vida.

"El precio de dividir es la muerte", dice una ley universal.

Cuando estemos dispuestos a morir a las divisiones ilusorias, a las visiones fragmentarias, a nuestras ambiciones individuales o sectarias, no moriremos físicamente, sólo morirá el miedo.

Viviremos en un nuevo mundo.

En fin, para solucionar los problemas que han durado miles de años necesitamos creatividad y no hay creatividad posible en

una mente cristalizada, anquilosada, llena de programas obsoletos probadamente ineficaces, empeñada en hacer más de lo mismo.

Por eso, los nuevos líderes ayudarán a otros a darse cuenta en primer lugar, de sí mismos, a observar el funcionamiento de una mente robotizada, a prestar atención a sus hábitos y condicionamientos a fin de dejar de repetirnos mecánicamente hasta las náuseas como venimos haciendo desde hace siglos.

Ayudarán a ver de qué manera nuestra forma de pensar está contribuyendo a la creación de nuestros problemas y de las amenazas a nuestra existencia, la mayoría de los cuales no ocurren luego de ostensibles eventos, sino que son consecuencia de lentos y larvados procesos que nos pasan inadvertidos.

Se dice que si ponemos una rana en una olla con agua bien caliente, saltará con tal energía que logrará salir sin problemas.

Sin embargo, si se la coloca en agua fría y lentamente se la va calentando, la rana comienza a atontarse cada vez más y se queda allí, nadando suavemente hasta morir hervida.

Al igual que los humanos, las ranas están preparadas para responder a amenazas vitales que ocurren súbitamente, pero no para aquellas disfrazadas bajo la forma de cambios lentos.

Para ver los procesos lentos y graduales que nos amenazan, hace falta acompañarlos, enlenteciendo el frenético ritmo que llevamos.

La forma de comenzar a ver la vida de manera diferente y las cosas tal cual son, es hacer un alto en la locura y el barullo externo y especialmente el interno, detener el ruido de la máquina mental que no descansa y crear espacios de silencio y serenidad desde los cuales comenzar a observar el mundo y en especial a auto-observarnos, para quizás conocernos por primera vez.

La observación cura

“Sin auto-observación no hay sanación, ni salvación.”

La clave: 29

EPÍLOGO

A manera de resumen y a fin de poner las recomendaciones bajo la forma de un sistema más simple, de la idea central de este libro, es decir de * **La interrelación de todas las cosas**, se derivan inicialmente, dos de las cuatro recomendaciones a las que llamaré “fundacionales”.

En aparente oposición, pero al mismo tiempo en necesario equilibrio en la vida práctica, aparecen:

- * **Pensar en sistemas y en redes.**
- * **Resolver los conflictos y el sufrimiento en sus orígenes; las líneas divisorias.**

A la primera abona, **Aceptar lo que es por naturaleza**, porque sistémicamente es precisamente como ésta funciona y, conocer y respetar sus leyes, no es opcional.

A la segunda abona la recomendación referente a **Redefinir quién soy yo y quiénes son los otros**, la primera y más importante línea divisoria.

La tercera recomendación fundacional es:

- * **Ubicarse, dimensionarse.**

A ella confluyen, las siguientes recomendaciones:

Si un líder se ubica y se dimensiona en la infinita e inmortal red de la vida, entonces no dejará de **Redefinir su poder y asumir su responsabilidad.**

Sabiéndose parte de una sabiduría inconmensurable, va a aprovechar lo que esa inteligencia universal tiene para decirle y por tanto, va a **Atender las señales, intuir, prestar atención a lo insólito, las coincidencias y las sincronicidades.**



Hará uso de esos conocimientos de forma sabia, es decir que va a **Ocuparse, y luego confiar y mantener la calma.**

Sea lo que sea que suceda con lo que haga, será prudente en evaluar los resultados y **Pondrá siempre en duda sus calificaciones de lo ocurrido.**

En especial cuando crea que las circunstancias le son favorables, se mantendrá constante en **Ser humilde y agradecer.**

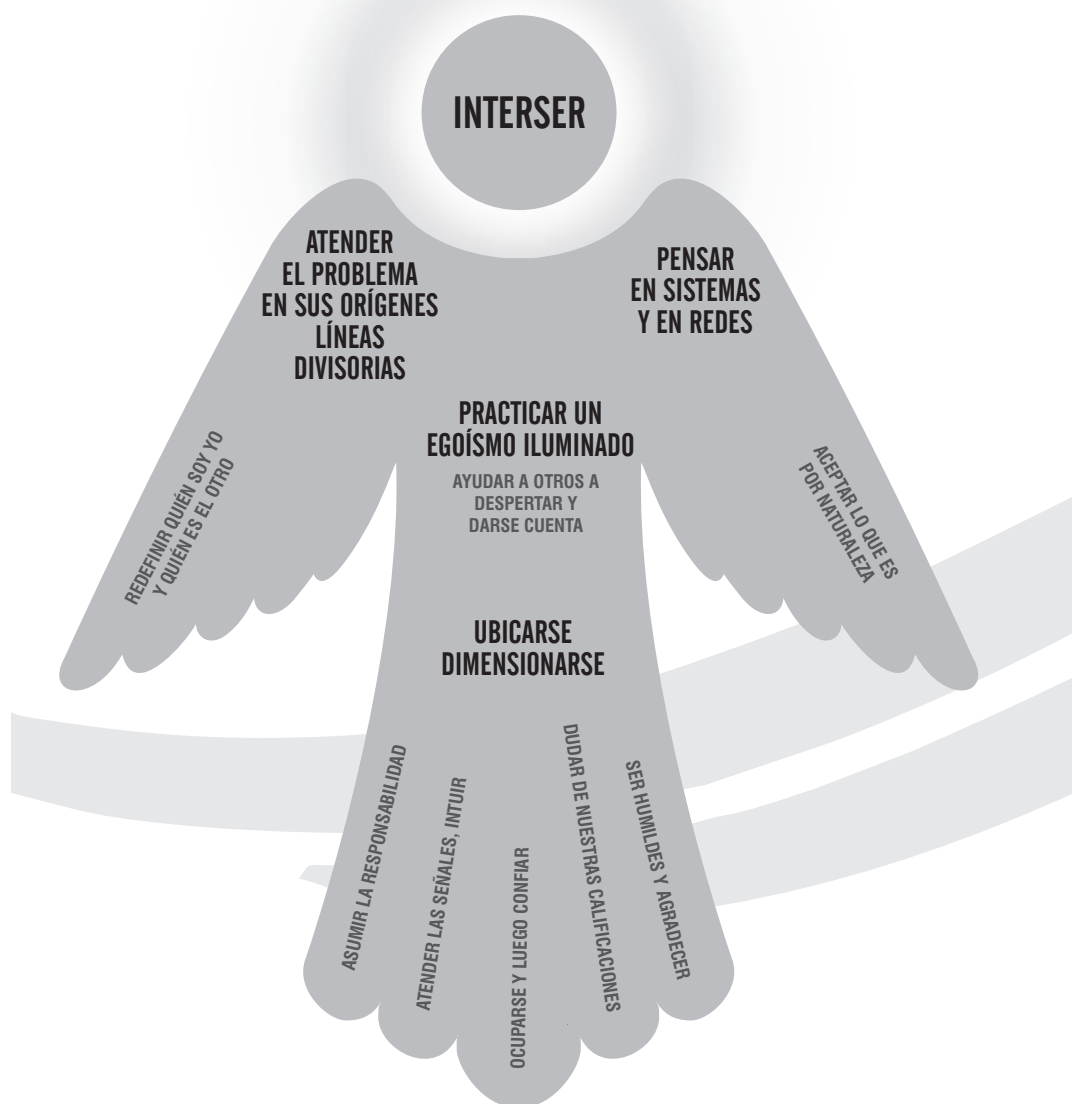
La última recomendación fundacional está referida específicamente a su conducta con el prójimo.

Los nuevos líderes serán en toda circunstancia ejemplo en:

*** Practicar un egoísmo iluminado.**

Hacerlo los llevará a priorizar en sus deberes y tareas la de **Ayudar a otros a despertar y darse cuenta.**

Puestos bajo la forma de un sistema interrelacionado, su imagen gráfica es la siguiente:



*“Es importante y urgente averiguar si
cada uno de nosotros puede
producir un cambio.*

*Si yo cambio, ¿tendrá eso algún
valor? ¿No será una gota en un lago
muy vasto, sin efecto alguno? ¿Qué
sentido tiene que yo cambie?*

*Esta es una pregunta equivocada,
porque uno es el mundo, no
estamos separados.*

*Estamos profundamente
condicionados para pensar que
somos individuos pero eso no es
más que una farsa.*

*Uno no es americano, ruso, hindú o
musulmán.*

*Existimos aparte de esas etiquetas,
de esas palabras...*

*Si uno cambia, afectará al resto de
la humanidad.*

¿Puede ver eso?”

J. Krishnamurti



JULIO DECARO

Julio Decaro es Doctor en Medicina, graduado en la Universidad de la República con Medalla de Oro en 1974.

Ha realizado estudios en la Universidad de Harvard, en el Instituto de Investigaciones Mentales (Palo Alto, California, EE.UU.) y en el IPPEM (actual Universidad de Flores, Argentina).

Fue docente de la Universidad de la República y de la Universidad Católica, así como de los más reconocidos centros de capacitación gerencial públicos y privados de Uruguay.

Ha desempeñado varios cargos gerenciales y de dirección.

Actualmente es Director Ejecutivo de CMI International Group, consultora internacional dedicada a negociación, resolución de conflictos y manejo de relaciones significativas.

Es coautor de los libros:

“Negociación 2000” y
“Vivencias desde el último peldaño”.

Es autor de los libros:

“La cara humana de la negociación”,
“El día que desperté dos veces” y de
“La Clave no es entender...es darse cuenta”.

Ha dictado cursos y asesorado tanto a empresas privadas como organizaciones gubernamentales y no gubernamentales en Estados Unidos, América Latina y Europa.

ÍNDICE:

Prólogo.....	8
¿Por qué se necesitan nuevos líderes para un nuevo mundo?.....	8
La iluminación es un reencuadre.....	11
El origen de las ideas.....	15
Verdadero vs. útil.....	15
Parte I: Las cosas tal cual son.....	17
¿De qué está hecho todo?.....	18
Dios recicla.....	23
Un sistema viviente auto-organizado.....	34
Estamos en el camino equivocado.....	37
Parte II: La buena nueva. Sabiduría y verdades milenarias para guiar y guiarse en el mundo de hoy.....	47
El modelo del ángel.....	49
Pensar en sistemas y en redes.....	52
Aceptar lo que es por naturaleza.....	56
Atender el problema en sus orígenes; las líneas divisorias.....	60
Redefinir quién soy yo y quién es el otro.....	71
Ubicarse, dimensionarse.....	74
Asumir la responsabilidad.....	74
Atender las señales, intuir (prestar atención a lo insólito, las coincidencias y las sincronicidades).....	81
Ocuparse y luego confiar (mantener la calma).....	90
Dudar de nuestras calificaciones.....	95



Ser humildes y agradecer.....	102
Practicar un egoísmo iluminado.....	105
Ayudar a otros a despertar y darse cuenta.....	111
Epílogo.....	118
El sistema del ángel.....	120

